

e-books Alfa Eridiani N 14

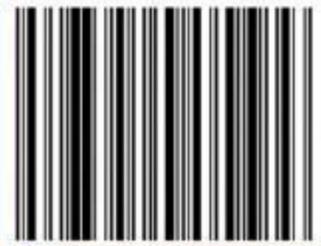


Territorios por descubrir

VV AA.



ISSN: 1695-1859



Glob/13

TERRITORIOS POR DESCUBRIR

Varios autores

TERRITORIOS POR DESCUBRIR

Varios Autores

Ebooks Alfa Eridiani Nº 14

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José Joaquín Ramos, Graciela I Lorenzo, J.A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Colaboradores: Iñigo Fernández.

Traductores: Daniel Yagolkowski, J.A. Menéndez e Irene Maseda Martín.

Ilustrador de portada: David Montero Ginés.

Resto Ilustraciones: Sue Giacoman, Sergio de Amores y David Montero Ginés.

Conversión a epub y mobi: J.A. Menéndez.

Infografía portada: Graciela I. Lorenzo.

ÍNDICE:

PRÓLOGO 4

UN TARRO DE BUENA VOLUNTAD

por Tobias S. Buckell Traducción: Daniel Yagolkowski5

TERRITORIO POR DESCUBRIR

por Nancy Fulda Traducción: José Ángel Menéndez Lucas28

FÉNIX

Por Cat Rambo Traducción: Irene Maseda Martín50

Subido a la red el 10 de marzo de 2014

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.info>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

PRÓLOGO

Estimados amigos:
Es para nosotros todo un honor presentar un ebook dedicado a tres prestigiosos autores foráneos: **Tobias S. Buckell**, **Nancy Fulda** y **Cat Rambo**.

Dos de las tres historias que presentamos contienen un fuerte componente de *space opera* clásica y, la faltante, es una *space opera* moderna. Las hemos intercalado en un intento de crear ambientes separados dentro de este ebook.

Un tarro de buena voluntad de **Tobias S. Buckell** es un relato con especies alienígenas de por medio. Me ha recordado en cierto modo a la ciencia-ficción de **Jack Vance** por lo exótico de estas razas alienígenas.

Territorio por descubrir de **Nancy Fulda** se sitúa en el Sistema Solar, muy cerquita de la Tierra pero no por ello menos interesante. Es una historia en la que el amor y el espíritu de superación son muy importantes.

Fénix, de **Cat Rambo**, tal vez sea la *space opera* más clásica de este ebook. En ella no hay especies alienígenas pero sí mucho espíritu de aventura.

Para el equipo que forma Alfa Eridiani ha sido una aventura gratificante elaborar este volumen y esperamos que su lectura sea igual de placentera para el lector.

El equipo editorial

UN TARRO DE BUENA VOLUNTAD

por Tobias S. Buckell
Traducción: Daniel Yagolkowski

Hay momentos en la vida que uno debe tomar decisiones que tal vez no sean las mejores, pero sí las más convenientes. Esto al menos es lo que piensa Alex Mossste, un «amigo» que se vio obligado a lanzarse a la aventura; una aventura que, tal como lo presintió desde su inicio, difícil y que tuvo un desenlace completamente diferente al esperado.

A COMISIÓN SOBRE UN CARGAMENTO

Cuando alguien posee una deuda de oxígeno, trata de pasar inadvertido. De todos modos, deambular demasiado complica la situación, así que me puse nervioso cuando un estacionbot apareció en mi cubículo y llamó a la puerta.

Salí con sigilo y me paré delante del pulido y esquelético robot.

—¿Alex Mosette? —preguntó.

No tenía sentido mentir: el estacionbot ya había escaneado mi cara. Tan sólo estaba buscando verificar mi impresión vocal.

—Sí, soy Alex —dije.

—El capitán de la estación quiere verlo.

Tragué saliva:

—Me pudo haber enviado un mensaje.

—Estoy aquí para *escoltarlo*. —El robot extendió un brazo como de juguete mecánico, cuyos dedos apuntaban hacia el vestíbulo.

En órbita, el espacio escaseaba: los tipos de categoría inferior como yo dormíamos en cubículos apilados de diez en diez a lo largo del pasillo. Acostados en el cubículo, mirando los entretenimientos importados desde los planetas, se nos hacía creer que vivir en una estación espacial era exótico y emocionante.

Era como pertenecer a las clases altas. Yo había estado en esas habitaciones: sitios con espacio desperdiciado. Muebles. Lugar para caminar de un lado para otro.

Eso era exótico.

Conseguir un departamento en el espacio exterior no era un tema prioritario en mi lista de necesidades.

Primero estaba el aire. Después, la comida.

Todo lo demás era puro lujo.

El capitán de la estación tenía la mirada fija en el espacio y esperé en silencio en

Territorios por descubrir

la puerta de Operaciones, con la esperanza de que si me quedaba quieto, no se daría cuenta de que yo estaba ahí.

Operaciones colgaba cerca del centro de la megaestructura de la estación. Una burbuja enganchada al final de un túnel largo. Detrás de nosotros se podía ver la estación: la rueda de kilómetros de largo hecha con metales exóticos, rotando lentamente.

No había gravedad en Operaciones ni en parte alguna del centro. Desde la rueda salían radios hacia el centro y el centro era donde atracaban las naves y se les daba servicio y demás.

Así que quedé colgando silenciosamente en el aire, mucho tiempo después de que el estacionbot se hubiera ido flotando a cumplir las órdenes del capitán de la estación, preguntándome qué pasaría después.

—Tu cuenta está en descubierto —dijo el capitán de puerto después de que una nave con forma de aguja y largas aspas plumosas se hubiera deslizado por debajo de nosotros hacia el interior de los muelles de acoplamiento.

Se volvió para mirarme cara a cara, aunque le habían vaciado los ojos hacia mucho. La fuerza del hábito. Ahora, sus verdaderos ojos eran todas las cámaras o cualquier cosa mecánica que tuviera la capacidad de ver.

El capitán de la estación se aproximó. La grúa pórtico que tenía alrededor estaba motorizada y un brazo largo lo desplazaba a cualquier parte de la sala que el capitán quisiera.

Centenares de cables, enchufados a su coronilla como cabello, estaban unidos en un manojo que corría a lo largo del brazo de la grúa. Mangueras desplazaban las excreciones hacia afuera; más mangueras hacían pasar sangre purificada y otros fluidos de vuelta hacia adentro.

—Lo siento —balbuceé—. El tráfico escasea. Y las solicitudes disminuyeron. Hice cursos; hasta acudí a clases de idiomas... —Me detuve cuando vi alzarse la arrugada mano, la palma hacia arriba.

—Sé lo que estuviste haciendo.

Las cuencas oculares vacías del capitán se volvieron otra vez hacia las profundidades del espacio, allá afuera. La endurecida piel de la cara mostraba pocas emociones y su voz artificial era átona:

—No se te habría permitido entrar en descubierto si no te hubieras esforzado de buena fe.

—Por lo cual —dije—, estoy sumamente agradecido.

—Esa nave que acaba de arribar trae consigo una oportunidad para ti —prosiguió el capitán de la estación ignorando lo que le acababa de decir—. No puedo permitirte que sigas en descubierto más si permaneces en la estación, así que tendré que ponerte en hibernación. Para pagar por la hibernación y tu deuda de aire, yo compraría tu contrato. Se te despertaría para que hicieras un trabajo garantizado. Yo me quedaría con un porcentaje. Tú podrías rescatar tu contrato, una vez que tuvieras suficiente liquidez.

Eso era exactamente lo que me había estado aterrorizando, pero el capitán de la estación había indicado una alternativa:

—¿Mi otra opción?

Hizo un movimiento con la mano y en el aire se materializó una imagen holográfica de la nave que yo acababa de ver atracando en el muelle:

—Están pidiendo un Amigo profesional.

—¿Para su nave? —Mi pregunta tuvo un dejo de sorpresa: yo no servía como tripulación. Se me había enviado congelado a la estación; tan sólo otro bulto crionizado. La gente como yo no permanecía despierta durante el viaje: no había suficiente lugar.

El capitán de la estación encogió sus canijos hombros:

—No quieren decir el motivo. Tuve que firmar un contrato de confidencialidad tan sólo para conseguir que me dijeran lo que querían.

Miré la gran nave:

—No soy un juguete sexual. Eso lo saben, ¿no?

—Eso lo saben. Reiteraron que *no* quieren servicios sexuales.

—Estaré fuera de la estación. Fuera de su protección. Podría ser lo que ellos quisieran.

—Es un riesgo. Cuánto, no lo puedo calcular. —El capitán chasqueó los dedos y la nave se desvaneció—. Pero los contratistas tienen rankings de reputación extremadamente altos respecto de pasados acuerdos de negocios. Son científicos independientes: una bióloga, un botánico y una lingüista.

Así que probablemente no me querrían como juguete para pasarse entre sí.

Probablemente.

—¿Puedo incluir enmiendas sobre violación sexual en el contrato? —pregunté: iba a estar en una nave, sin crionizar, por mi cuenta, con una tripulación a la que no conocía. Tenía que pensar en lo peor.

—Prohibitivas. Aunque la pérdida accidental de la vida no es tan cara, lo que significa que yo aconsejaría disminuir las primeras de las mencionadas para que no exista la tentación de asesinarte después de una teórica violación, para evadir la penalización más costosa del contrato.

—Maldición —suspiré.

—¿Te interesaría examinar las anotaciones sobre la reputación de esta gente? —preguntó el capitán de la estación y, durante un instante, creí que quizás en su voz había un deje de preocupación.

No. Simplemente estaba siendo justo. Había pasado doscientos años negociando bienes, combustibles, reparaciones y servicios con las naves. El ser justo era algo que tenía incorporado. Todo en el ser semicomputadora, semiserhumano que estaba delante de mí consistía en ser justo. Ser justo traía aparejado que se hiciera negocios otra vez. Ser justo traía aparejada una vasta reputación.

—¿Cuál es la oferta?

—Medio punto sobre el cargamento —contestó el capitán de puerto.

—Y no sabemos cuál es el cargamento ni cuánto tiempo va a tardar... ni nada. —Me mordí el labio.

Territorios por descubrir

—Me aseguraron que medio punto cubriría tu deuda con creces. No debe de tardar más de un año.

Un año. Por un cero coma cinco por ciento. ¿Cero coma cinco por ciento de qué? Podría ser carga que estaban transportando o, en vista de que era una tripulación de científicos, podría tratarse de algún proyecto en el que estaban trabajando.

Todo lo cual únicamente planteaba más preguntas.

Preguntas para las que no tendría respuestas, a menos que pusiera mi firma. Suspiré:

—¿Eso es todo, entonces? ¿Nada de préstamos? ¿Nada de prórrogas?

El capitán de puerto suspiró:

—Respondo ante los accionistas Gheda que construyeron y son propietarios de este complejo. Ya extralimité mi autoridad al concederte un mes de prórroga. La deuda se *tiene* que saldar. Lo lamento.

Miré a la oscuridad del espacio que se veía más allá de Operaciones.

—Opciones de mierda cualesquiera de ellas.

El capitán de puerto no dijo nada.

Crucé los brazos:

—Lo haré.

VIAJE CON LOS GHEDA

Los brazos de acople habían transferido la astronave desde los muelles de ingreso de la estructura central que había en uno de los radios, hasta un muelle en una de las ruedas. Toda la nave, merced a que giraba con la rueda de la estación, tenía gravedad.

La astronave tenía más de seiscientos metros de largo. Por fuera, lisa y bruñida por los impactos del disperso polvo espacial, dadas las velocidades impresionantes que alcanzaba. Por dentro, me di cuenta de que me había embarcado en un vehículo chirriante, antiguo y caduco.

De los conductos salía alambre de fibra, prueba de trabajos rudimentarios de reparación. Suciedad y mugre se aferraban a todos los rincones y recovecos. El aire hedía a sudor y algo peor.

Un hombre de cabello púrpura con ojos completamente negros me recibió en la esclusa de aire:

—¿Eres el Amigo? —preguntó. Llevaba consigo un bastón grande.

—Sí. —Dejé ir el equipaje rodante que tenía detrás de mí y saludé con una reverencia—. Soy Alex.

Me devolvió la reverencia. De manera más extravagante de la que yo la había hecho. Quizá, hasta en forma levemente burlona:

—Soy Oslo.

Cada vez que cambiaba de posición el bastón, diminutos granos de arena que

Territorios por descubrir

había dentro sonaban y se desplazaban. El hombre rebosaba de impaciencia y había algo de pena en las líneas arrugadas de los ojos.

—¿Esto es todo?

Miré la única maleta que había tras de mí:

—Esto es todo.

—Pues entonces, bienvenido a bordo —dijo Oslo, cuando la puerta de la estación se cerró con sonido metálico. Oslo alzó el bastón y un relámpago de luz me cegó.

—Debió haberme hecho un escaner antes de cerrar la puerta —dije. El bastón era más que lo que parecía ser: esos diminutos granos crujientes eran generadores, que aprovechaban la energía para cualesquiera herramientas que hubiera dentro del dispositivo, por medio del movimiento cinético. Oslo se dio vuelta y empezó a caminar. Me apuré para mantener el paso.

Sonrió y advertí diminutos colmillos bajo los labios.

—Tú eres quien dices que eres, así que todo ha salido bien. Ah, y ya que estamos, en cuanto al protocolo, a los demás tampoco les interesa demasiado. Ahora, para mi propia iluminación espiritual, eres hermafrodita, ¿no es así?

Me sonrojé.

—Soy lo que nosotros, los Amigos, preferimos denominar *bigénero*, sí.

¿De dónde diablos era Oslo? Me estaba resultando problemático ubicar su formación cultural y cómo me podría adaptar para interactuar con ella. Que era hombre muy directo, no había la menor duda de eso.

Este trabajo excepcional podría ser más complicado que lo que yo había pensado.

—Tu adiestramiento como Amigo, ¿abarcaba el adiestramiento transcultural con el Compacto?

Reduje la velocidad.

—En teoría —dije con lentitud, preocupado por perder el contrato si insistieran en tener alguien con experiencia con el Compacto.

La voz y el lenguaje corporal de Oslo se cuajaron de arrepentimiento. ¿Era arrepentimiento porque yo no tenía la experiencia? ¿Iba a perder el contrato a nada más que minutos de haberlo conseguido? ¿O tan sólo era arrepentimiento por no haber podido conseguir alguien mejor?

—¿Pero nunca *Amigaste* con un auténtico zángano del Compacto?

Decidí decirle la verdad: una jugada arriesgada.

—No.

—Qué lástima. —El arrepentimiento se borró, para ser remplazado por resignación—. Pero no podemos andar hurgando en busca de Amigos que tengan esa experiencia específica, pues uno de nuestros competidores podría extraer rápidas conclusiones. Te recomiendo que durante el viaje refresques los conocimientos que adquiriste en tu adiestramiento.

Se detuvo ante una puerta metálica de gran tamaño.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Territorios por descubrir

—He aquí tu habitación durante los tres días venideros. —Oslo abrió una gran puerta de una habitación de metro y medio por dos comuna litera plegada.

—Mi corazón dio un vuelco y dejé de lado el hecho de que Oslo había eludido la pregunta.

—¿Es mía?

—Sí y el aire se factura con nuestro contrato de navegación, así que puedes arrancarte los sensores: no habrá estimaciones de consumo hasta que hayamos terminado.

—Tuve la sensación de que Oslo sabía lo que era estar en deuda. Entré en la habitación y la recorrí por completo. Alcé las manos, apoyándolas en cada pared, y sonreí.

—Oslo se dio la vuelta para irse.

—Espere —le dije—. El capitán de la estación dijo que ustedes eran científicos que trabajaban por cuenta propia. ¿Qué hacen?

—Soy el botánico —dijo Oslo—. Las comidas se sirven en la cocina común para los pasajeros. La tripulación de esta nave es gheda, claro: no hable ni interactúe con ellos si puede evitarlo. ¿Sabe por qué?

—Sí.

—Si hay algo que se debe evitar es hacer que un gheda crea que uno está vagando por ahí, tratando de descubrir secretos sobre sus naves o su tecnología. Yo me mantendría en los corredores autorizados y no interactuaría con los gheda.

—La puerta de mi suite se cerró y me senté con mi pequeña maleta, sin estar para nada más cerca de entender qué estaba pasando de lo que había estado en la estación.

—Me mire en el espejo pequeño que había al lado de un lavabo aún más pequeño y tendí la mano hacia la tira de material negro adherido a mi garganta: dentro de él, un circuito controlaba mi tasa metabólica, la cantidad de inspiraciones, el volumen de aire aspirado y de dióxido de carbono expelido. Todo eso se le informaba a los monitores de la estación, que calculaban de forma constante mi coste medio diario.

—Hizo un sonido gratificante cuando lo arranqué.

—Los gheda son gheda —dije más tarde en el alienígena día artificial de la nave, mientras comíamos recalentadas tiras de pavo en la cocina para pasajeros. Nos habíamos desacoplado. La vieja nave se había estremecido al ganar velocidad—. Pero los gheda que van volando por ahí en una destartalada astronave antigua, dispuestos a llevar a unos científicos que trabajan por cuenta propia a algún destino secreto, éstos son gheda peligrosos

—Oslo exhibía una sonrisa compungida cuando se reclinó y cruzó los brazos:

—Cruzic dice que antes del primer contacto, nuestra especie solía pensar que las grandes compañías comerciales eran rapaces y malignas. Nadie esperaba que los alienígenas exigieran el pago de regalías por la utilización de tecnología que nosotros habíamos descubierto en forma independiente, porque los gheda habían patentado

Territorios por descubrir

esa tecnología con anterioridad.

—Lo sé: atacaron las zonas que no obedecieron con asteroides que habían puesto en órbita. —Al no tener capacidad para pagar las regalías, naciones enteras cayeron en el endeudamiento—. ¿Quién es Cruzie?

Oslo hizo una mueca:

—La conocerás dentro de dos días. Nuestra lingüista. Un poquito historiadora, también. Adora toda esa basura sobre la Tierra de antaño.

Fruncí el ceño ante la reacción de él: discrepaba, pero sentía cierto placer cálido cuando pensaba en ella. Una mueca de felicidad:

—¿Es una antigua amiga suya?

—Nuestros padres eran amigos. Adoraban la historia. La magnificencia de la Tierra. La leyenda que era. Antes de que la vendieran. Antes de la Diáspora. —Esa mueca otra vez... pero sin calidez.

—¿No está de acuerdo con sus ideales? —conjeturé.

Conjeturé bien. Oslo dio un sorbo de una taza de té y me miró fijamente:

—Yo no soy tu objetivo, Amigo. No indagues demasiado porque tú sólo trabajas para mí. Ahorra tu empatía y tu psiquiatría para el verdadero sujeto, ¿entiendes?

Demasiado bien, pensé.

—Lo siento. ¿Y exactamente cuál es mi objetivo? Estamos fuera de la estación ahora: ¿cree que se puede arriesgar a ser franco conmigo?

Oslo posó su taza de té:

—Inteligente. Muy inteligente, Amigo. Sí, me preocupaba que hubiera micrófonos ocultos. Descubrimos un planeta con un ecosistema muy singular. Puede haber innovaciones patentables.

Me senté, atónito: ¿patentes? Tenía un porcentaje sobre el cargamento. Si obtenía un porcentaje de una patente sobre algunos aspectos de un sistema biológico alienígena, una patente aprobada por los gheda, me volvería rico.

No sólo rico, sino, por así decir, rico como una nación.

Oslo sorbió su té:

—Sólo hay un problema —dijo—: puede haber vida inteligente en el planeta. Si es inteligente, es una situación de contacto y tenemos que dejarle todo a los gheda. Recibimos honorarios, pero quedamos fuera del gran negocio. Si no informamos una situación de contacto y los gheda lo descubren, las cosas se pondrán difíciles: matarán a nuestra familia o, inclusive, a la gente que conocemos, nada más que para dejar claro que su legislación interestelar es inviolable. Tenemos que presentar una solicitud de prioridad en el momento del descubrimiento.

Oí vacilación en su voz:

—No la presentó aún, ¿no es así?

—Apuesto a que todos los empresarios gheda adoran hacer que tú observes a los seres humanos con los que celebran un contrato, para asegurarse de que estén diciendo la verdad, contigo ahí para informarles sobre lo que las expresiones faciales

humanas muestran realmente.

Eso me hirió:

—Haría lo mismo por cualquier ser humano. Y no es solo para contratos: muchos requieren mis servicios para que les preste atención, los comprenda, me adelante a sus necesidades.

Oslo me lanzó una mirada lasciva:

—Ya lo creo que sí.

Yo no era un juguete sexual. Desvié la mirada lasciva:

—Así que dígame, Oslo, ¿por qué estoy arriesgando la vida, pues?

—Todavía no hemos presentado la solicitud porque, con sinceridad, no tenemos la más puta idea de si los alienígenas sólo son seres estúpidos o inteligencias como nosotros —dijo Oslo.

EL ZÁNGANO

—**B**ienvenido a la Pava Chilladora —dijo la mujer que agarró mi bolsa sin preguntar. Tenía piel y ojos marrón oscuro, y cabello negro. Cada centímetro de piel libre de ropa estaba cubierta por tatuajes. Eran palabras en caligrafías e idiomas que no reconocí—. El Zángano del Compacto también está a punto de acoplarse: necesitamos que estés listo para cuando llegue. Vamos a estibar tus cosas.

Caminamos bajo claraboyas empotradas en la parte superior de la estación de investigación. Un planeta colgaba ahí: verde y amarillo y poco uniforme. Parecía como que estuviera infectado con moho:

—¿Es eso Ve? —pregunté.

—¿Oslo te ha puesto al día?

—Algo. Usted es Cruzie, ¿no es así?

—Maricruz. Soy la lingüista. Creo que... estás atrapado aquí con nosotros: también me puedes llamar Cruzie.

Nos detuvimos delante de una habitación más grande que la de la nave. Con dos camas.

Miré las camas:

—Me las apañaré con un cubículo, si eso significa tener mi propia habitación —dije.

Allí había mucho más espacio, enormemente más y, aun así, ¿iba a tener que compartirlo? Eso me dolió: ni siquiera en la estación tuve que compartir mi espacio. Esto chocaba por completo con mis propios valores culturales. Incluso en los sitios más atestados del espacio sideral, necesitaba un cubículo que me perteneciera exclusivamente.

—Tú estás aquí para *amigar* con el Zángano del Compacto —dijo Cruzie—. Va a necesitar compañía en todo momento: el contrato así lo exige para la estabilidad mental del Zángano.

Territorios por descubrir

—Oslo no me dijo esto. —Fruncí los labios: una demostración bastante universal de disgusto.

Y Cruzie la leyó más que bien:

—Lo siento —dijo. Pero eso también era mentira. Se estaba empezando a disgustar e impacientar. Pero, ¡al demonio!, como señalara Oslo, yo no estaba aquí para satisfacer las necesidades de la tripulación—. Oslo quiere que tengamos éxito más que cualquier otra cosa. A diferencia de sus padres, no le interesa mucho la gloria que fue la especie humana. Sabe que el único modo de que alguna vez dejemos de ser investigadores por cuenta propia, que buscan desesperadamente las migajas intelectuales que hay en los callejones secundarios de la tecnología para ver si hay algo que podamos utilizar sin pagarles a los gheda el privilegio, es descubrir algo grande.

—Así que me mintió. —Mi voz se mantuvo monótona.

—Dejó sin mencionar las verdades que habrían hecho que hubieras estado menos dispuesto a venir.

—Mintió.

Cruzie cerró la puerta que daba a mi habitación:

—Te dio un porcentaje sobre el cargamento, Amigo. Si nos hacemos ricos y tú haces tu trabajo, nunca más tendrás que revisar el saldo de tu aire durante el resto de tu maldita vida. Tengo entendido que estabas en deuda de aire, ¿no es así?

Me había puesto bien en mi lugar. Los dos lo sabíamos. Cruzie sonrió, la sonrisa misericordiosa del vencedor.

—¡Entrando! —Aulló alguien desde la esquina del corredor.

—No voy a follarme al Zángano —le dije lisa y llanamente,

Cruzie se encogió de hombros:

—No me importa lo que hagas o dejes de hacer, en tanto y cuanto el Zángano permanezca mentalmente estable y haga su trabajo para nosotros. Un porcentaje sobre el cargamento, Alex. Un porcentaje.

Las alarmas de la esclusa de aire destellaron y ulularon, y el siseo de aire comprimido llenó la antecámara.

—La cápsula que viene no es mucho más grande que el sitio para dormir de un cubículo —dijo Oslo, el cabello púrpura ondeando cuando otra ráfaga de aire comprimido llenó la antecámara. Sonrió y los colmillos sobresalieron entre los labios—. Es más pequeña que el módulo de descenso que tenemos para explorar Ve por nosotros mismos, si es que alguna vez necesitamos bajar ahí. ¿Se pueden imaginar el paseo? ¡La única manera de viajar que no sea gheda!

La última componente del equipo se unió a nosotros. Me examinó y asintió con la cabeza. Ojos electrónicos plateados refulgieron bajo el destello de las luces de advertencia de la esclusa de aire. Flexionó los dedos negro azabache de su mano artificial derecha con aire distraído, como si esperara que las puertas se abrieran. Se pasó los dedos de una mano auténtica sobre la cabeza rasurada; después la volvió a meter dentro de su chaqueta de trabajo, cubierta por lo que parecían ser centenares de bol-

Territorios por descubrir

sillos y cremalleras.

—Ésa es Kepler —dijo Cruzie.

Las puertas de la esclusa de aire se abrieron: un hombre delgado y desnudo salió tambaleándose, goteando con cada paso pegajoso gel azul para la aceleración.

Durante un instante sus ojos miraron rápidamente en derredor, parpadeando.

Entonces empezó a chillar.

Oslo, Kepler y Cruzie retrocedieron medio paso, lejos de los brazos del hombre desnudo. Yo di un paso hacia adelante:

—No es miedo, es alivio.

El hombre me agarró en un fuerte abrazo de desesperación, aferrándose a mí, y dando palmaditas con las manos en mi cara, como si se estuviera asegurando de que realmente había alguien delante de él.

—Está bien —susurré—. Estuviste ahí dentro absolutamente solo durante días, sin contacto de clase alguna. Lo entiendo.

Estaba tiritando mientras le abrazaba, pero seguí dándole palmaditas en la espalda. Lo insté a sentir la presión del contacto entre nosotros. Y el consuelo. La calma.

Al final se tranquilizó y después se fue separando lentamente de mí.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Beck.

—Bienvenido a bordo, Beck —dije, mirando sobre su hombro a los científicos, que se veían visiblemente aliviados.

Primero lo primero.

Beck llegó a la sala de comunicaciones. Realizó una verificación de ida y vuelta de un enlace ascendente y se reclinó, aliviado, contra el respaldo de la silla.

—Hay un enlace ascendente hacia la Colmena —dijo—. Una hora de retardo para comunicarme con el sistema central, pero estoy conectado.

Tocó suavemente las inserciones metálicas que tenía en la nuca: su mente conectada con la red de comunicaciones, hablando en la lejanía con el cinturón de asteroides en el sistema madre, donde florecía la Colmena del Compacto. Allí, Beck siempre estaba en contacto con ella sin retardo. En simbiosis instantánea con un universo de información que brindaba el Compacto.

Una mente-colmena formada por gente con sus yos propios subyugado a la entidad superior.

Me estremecí.

Beck nunca se alejaba a más de quince centímetros de mí. Siempre lo suficien-

Territorios por descubrir

temente cerca como para tocarme. Seguía extendiendo la mano para asegurarse de que yo estaba ahí, aun cuando me podía ver.

Después de caminar por la estación de investigación durante media hora, regresamos a nuestra habitación compartida.

Se sentó en la cama, repentinamente aprensivo:

—Tú eres el Amigo, ¿no?

—Sí.

—Me siento solo acá. ¿Puedes dormir conmigo?

Me acerqué hacia él y me senté a su lado:

—No tendré sexo contigo. No estoy aquí para eso.

—Estoy químicamente castrado —dijo Beck mientras nos acurrucábamos en la cama—: soy un zángano.

Mientras yacíamos allí imaginé miles de Beck durmiendo en filas en dormitorios colectivos de la Colmena mientras el calor de los cuerpos mantenía las habitaciones caldeadas.

Media hora después, súbitamente suspiró como un drogadicto que llega al éxtasis:

—Me oyen —susurró—. No estoy solo.

El Compacto le había contestado.

Se relajó.

La habitación se llenó con un agradable aroma de lavanda. ¿Era algo que él había rociado antes? ¿O algo que un zángano del Compacto liberaba para indicar comodidad?

¿QUÉ ES UN SER HUMANO?

—**E**so —dijo Kepler, recostándose en un sillón frente a una serie de visualizaciones— es uno de nuestros vehículos operados a distancia. Los llamamos erizos.

En la pantalla superior derecha que estaba ante la mujer, rotaba por todas partes una esfera pequeña con centenares de patas serpenteantes. Después se alejó con rapidez por lo que parecía ser un sendero de tierra.

Cruzie se balanceó en un sillón similar:

—Los esterilizamos en órbita; después los dejamos caer envueltos en un escudo térmico, que se quema y después bajan desde el cielo con la leve descarga de un cohete, para frenarse lo suficiente.

Fruncí el ceño ante una de las pantallas: todo era matices de verde y gris y negro:

—¿Eso es visión nocturna?

Territorios por descubrir

Oslo rió:

—Es Ve. La atmósfera está clorada. Brumas verdes. Y plantas negras.

Los árboles tenían hojas negras, gigantescas, que colgaban hasta tocar el suelo. Troncos tubulares echaban globos que emitían bruma aleatoriamente, cuando el erizo los rozaba.

—Ve es un planeta pequeño —dijo Kepler—. Poca gravedad, pero con un aire similar a lo que se habría visto en el planeta madre.

—La Tierra —la corrigió Oslo.

—Pero, a diferencia del mundo madre —continuó Kepler—, Ve tiene altos niveles de cloro. En algún momento de su historia se desencadenó una batalla entre las plantas. En vez de especializarse en el oxígeno para matar la competencia, y adaptarse a él con el paso del tiempo, aquí la vida vegetal se volvió hacia el cloro como arma. Creó plásticos a partir de los compuestos orgánicos que tenía a su disposición, lo que es factible en una atmósfera basada sobre una enorme cantidad de cloro, pero que no deja de ser algo notable. Y los plásticos orgánicos también se encargan de la fotosíntesis: un ardid práctico... si podemos patentarlo.

En la pantalla, el erizo siguió rodando hasta detenerse lentamente. Cruzie se inclinó hacia delante:

—Ahora bien, si tan sólo lográsemos desentrañar si esos cabrones realmente están construyendo una civilización o son nada más que montículos de polvo puestos al azar...

Detenido en la cima de una cadena de colinas, el erizo miraba un claro en el bosque de hojas negras: cinco pirámides se erguían por encima del follaje que rodeaba el claro.

—¿Puede acercarse más? —preguntó Beck y di un leve salto: había estado tan silencioso, contemplándolo todo junto a mí.

—No desde aquí —dijo Kepler—: hay un gran desnivel entre aquí y el claro.

—¿Y? —Beck tenía la mirada clavada en las pirámides que se veían en pantalla.

—Las primeras semanas que estuvimos aquí nos dedicamos a dirigir los erizos hacia zonas bajas, valles, esa clase de sitios. Todo el tiempo se nos morían: conjeturamos que el cloro y los ácidos descenden a lo profundo de los valles y nuestro equipo no puede hacerles frente.

Beck se sentó de nuevo en el sillón y examinó la interfaz:

—Tome el camino largo bordeándolos, pues. Consultaré sus archivos mientras lo hace... ¡Espere!

Yo también lo vi: un desplazamiento por entre los arbustos negros y pinchudos. Vi mi primer ser alienígena que caminaba con rapidez, retorciendo las antenas mientras se movía a lo largo de lo que parecía ser un sendero.

—Parecen hormigas —espeté.

—Los llamamos vesianos. Pero sí, hormigas del tamaño de un perro pequeño —dijo Oslo—. Y realmente no son hormigas en absoluto: tan solo exoesqueletos, plástico negro, en una estructura similar. La artesanía de la evolución paralela.

Aparecieron más vesianos que llevaban hojas y ramitas sobre el lomo.

Y calabazas.

—Eso sí que es interesante —dijo Beck.

—Eso no significa que sean inteligentes —dijo más tarde Beck, tendido en la litera conmigo a su lado. Ambos teníamos la vista clavada en el techo. Giró sobre sí y me miró—: las calabazas crecen en los árboles. Las utilizan para almacenar líquidos. En el interior de esas pirámides.

Estábamos cara a cara, respirando el aire del otro. Beck no tenía espacio personal y yo tuve que luchar contra mi impulso de echarme atrás y alejarme de él.

Ahora mi trabajo era facilitar, hacer que Beck se sintiera en el hogar.

Las colmenas de insectos tenían zánganos que podían existir fuera de la colmena. Una colmena necesitaba buscadores de alimento y defensores, pero el Compacto humano sólo existía en el cinturón de asteroides del sistema madre.

Beck estaba muy lejos de casa.

Con el retardo se estaría sintiendo incomunicado y distante y, para una mente que siempre había estado en el abrazo de la colmena, esto tenía que resultar duro para él.

Pero Beck le brindaba a los científicos independientes un enlace con la inmensa capacidad computacional de todo el Compacto. Lo habían contratado para hacerse cargo de la cuestión que no podían dilucidar con rapidez: ¿los alienígenas eran inteligentes o no lo eran?

Beck estaba enviando información hasta más no poder al sistema madre, de modo que el Compacto pudiera dedicar a esa cuestión alguna fracción de una fracción de su capacidad computacional en masa. Las mentes de toda su ciudadanía conectada. Sus supercomputadoras. Quizá hasta, según se rumoreaba, inteligencias artificiales.

—Pero si son inteligentes, —pregunté— ¿cómo lo demuestras?

Beck ladeó la cabeza:

—El Compacto está trabajando en ello. Lo ha estado haciendo siempre, desde que estas personas firmaron el contrato.

—Entonces, ¿para qué estás aquí?

—Sí... —Beck repentinamente se interesó por mí, cuando recordó que yo era una persona con individualidad que yacía a su lado. Yo no era del Compacto. Yo no era un zángano.

—Lo siento —dije—. No debí haber preguntado.

—Estuvo bien que lo hicieras. —Se giró para volver a quedar con la mirada clavada en el techo—. Tienes razón, no hay una necesidad absoluta de que esté aquí, pero el Compacto creyó que era necesario que lo hiciera.

Quise saber el porqué, pero pude sentir a Beck vacilar. Contuve el aliento.

Territorios por descubrir

—Eres un Amigo. Nunca violaste un contrato. El Compacto tiene un excelente concepto de ti —se dio vuelta para mirarme directamente—. Entendemos que lo que te voy a decir nunca saldrá de esta habitación y, puesto que la limpié de micrófonos ocultos, es una habitación segura. ¿Qué crees que se necesita para convertirse en científico por cuenta propia en este universo hostil?

Yo había estado en suficientes mesas de negociación. Buen Amigo como lo era, con las modificaciones neuronales y el circuito adaptativo insertados en mí desde el nacimiento, podía leer la postura corporal, las microexpresiones, el rubor de la piel, en un abrir y cerrar de ojos. Yo constituía una formidable herramienta de negociación, que era, por lo común, lo que los gheda querían exactamente: una lectura de sus colegas humanos.

Y también había aprendido pronto los pormenores de los negocios de mis clientes. Supe cómo era el vasto universo mientras hacía mi trabajo.

—Oslo tiene furia reprimida —susurré—. Su familia está obsesionada con la Tierra tal como solía ser. Antes de la adquisición de tierras por los gheda. Oslo quiere riquezas, pero eso no es todo, creo. Cruzie se conduce como si tuviera porte militar, aunque lo oculta. De Kepler, no sé. ¿Estoy barruntando que me dirás que todos trabajaron como fabricantes o desarrolladores de armas o de alguna clase?

Beck asintió con la cabeza;

—Oslo y su hermana London están vinculados con un virus convertido en arma que se liberó en una estación gheda. Cruzie combatió con separatistas en Columbia. Kepler es una identidad falsa: aún no hemos podido descifrarla.

Miré al zángano: no había engaño en él. Exponía estas cosas como hechos reales. Era un zángano. No necesitaba poner en duda la información que se le había dado.

—¿Por qué me dices todo esto?

Hizo un ademán hacia la litera:

—Eres un Amigo profesional: eres seguro. Estás aquí y yo sólo soy un zángano. No somos más que una pieza de todo esto.

Y después se desplazó para acurrucarse contra el interior de mi vientre. Dos minúsculas vidas insignificantes en el interior de una fría estación, muy lejos de donde les correspondía estar.

—Y porque —añadió en voz baja— creo que estos científicos están lo suficientemente desesperados como para solucionar un problema, si se presentara.

—¿Solucionar un problema? —pregunté, poniendo los brazos alrededor del zángano.

—Creo que los vesianos son inteligentes y creo que Kepler y Oslo planean hacerles algo si, o cuando, eso se confirmara, para poder conservar los derechos de patente.

Súbitamente pude oír cada crujido, susurro y silbido en la estación cuando me puse tenso.

—Te protegeré si puedo. En este preciso momento simplemente estamos demorándolo lo más que podemos. Principalmente para impedir que Cruzie deduzca lo obvio, porque si ella confirma que realmente son inteligentes, entonces Oslo y Kepler tomarán la iniciativa y le harán algo a los vesianos. No estamos seguros de qué.

—Dijiste «demorándolo»: ¿Demorando hasta que pase qué? —Pregunté con un leve temblor en la voz que descubrí que no pude controlar.

—Hasta que lleguen aquí los gheda —dijo Beck con un último bostezo—: ahí es cuando todo se complica realmente. —La voz se le fue amenguando mientras decía esto y se quedó dormido.

Yo permanecí acostado, despierto y con los ojos muy abiertos.

Al final extendí la mano hasta el cuello y me rasqué en la banda de piel a la que otrora había estado adherido el parche del monitor de aire.

Un porcentaje sobre nada seguía siendo... nada.

Pero, ¿podía desdecirme de mi contrato? ¿De mi papel como Amigo? ¿Podía ayudar a Oslo y Kepler a matar una raza alienígena?

Las cosas se habían vuelto muy turbias en tan sólo unos pocos minutos. Me sentía atrapado entre el infierno de una antigua vida y el infierno de una nueva y horrible.

—¿Qué es un ser humano? —le pregunté a Beck durante el desayuno.

—Las definiciones varían —contestó.

—Eres un zángano: fuiste criado para actuar, reaccionar y moverte dentro de un ambiente neural compartido. Sirves al Compacto. No hay reina, como en el caso de un hormiguero clásico o de las abejas. La mente central que alimenta la tuya toma las decisiones. Aún así se podría decir, con la boca pequeña, eres humano... o algo así. Nuestros ancestros habrían puesto en duda que fueras un ser humano.

Beck ladeó la cabeza y sonrió:

—¿Y tú?

—Modificado desde el nacimiento para leer caras humanas. Bajo contrato durante la mayor parte de mi vida con los gheda, trabajando para decir lo que los alienígenas u otros seres humanos están pensando realmente... Tampoco habrían tenido un buen concepto de mí.

—El Compacto sabe que volviste a leer tu contrato anoche, después de que me dormí, y que utilizaste algunos algoritmos bastante complicados para evadir algunas perspectivas.

Fruncí el ceño:

—Así que ahora nos espías.

—Por supuesto. Estás pugnando con una situación moral gris.

—¿Qué es...?

—La naturaleza de tu contrato dice que necesitas trabajar conmigo y satisfacer mis necesidades. Pero fuiste contratado por los independientes con los cuales ahora estoy en oposición. Como Amigo, con un papel y un propósito grabados a fuego en ti, del mismo modo que ser un zángano está grabado a fuego en mí, ¿les previenes?... ¿o te mantienes conmigo? El contrato da pie para interpretaciones en cualquiera de ambos sentidos y, si te mantienes a mi lado, eso significa hacerlo a sabiendas de que

Territorios por descubrir

sólo soy un zángano, un peón que el Compacto usará del modo que crea conveniente, para su propio juego.

—No mencionaste algo —dije.

—Ni a ti ni a mí se nos engendra para que nos importen los vesianos —dijo Beck.

Me levanté y fui hacia la amplia portilla:

—Me pregunto si no sería mejor para ellos.

—¿Sería mejor qué?

—Lo que fuere que Kepler y Oslo quieren hacerles. Mejor morir ahora que conocer a los gheda. No puedo imaginar que alguna vez se quisieran convertir en nosotros.

Beck se puso de pie: había cautela en su postura, como si hubiera pensado que yo había tomado una decisión, pero ahora no estaba seguro:

—Tengo trabajo por hacer. Quédate aquí y termina tu comida, Amigo.

Contemplé el mundo verde que estaba bajo nosotros y di un salto cuando una mano me aferró el hombro. Pude ver palabras en gris tatuadas en la piel:

—¿Cruzie?

Sus grandes ojos pardos estaban llenos de ira:

—Ese hijo de puta nos estuvo mintiendo —dijo, señalando en la dirección en que se había ido Beck—. Ven conmigo.

—Las calabazas —dijo Cruzie señalando una pantalla y después mirando a Beck—. Háblanos sobre las calabazas.

Y Oslo aferró mi hombro:

—Vigila al zángano y ten los ojos bien abiertos: quiero que nos digas lo que ves cuando nos contesta.

Mi contrato era claro en eso: yo no podía mentir. Los científicos eran propietarios del contrato y ahora habían solicitado directamente mis servicios. No lo podía eludir.

Una comisión sobre el cargamento, pensé en lo profundo de mi mente.

Realmente yo no era humano, ¿no? No si encontraba que la tentación por riquezas eternas era tan grande como para considerar ayudar a los independientes.

—Los vesianos tienen granjas —dijo Cruzie—, pero también las tienen las hormigas: cultivan hongos. Los vesianos tienen caminos, pero también los tienen los animales de un bosque: simplemente caminan por los mismos sitios. Los caminos de la Antigua Tierra solían seguir antiguos senderos de animales. Los vesianos tienen construcciones, pero los pájaros construyen nidos, las hormigas construyen hormigueros, las abejas construyen colmenas. Pero un idioma; eso es mucho más raro en el reino animal, ¿no, Beck?

—En realidad, no —dijo el zángano con calma—: existe una comunicación primitiva en el reino animal, comprendidas las abejas, que dan información a través de una danza. Los delfines lanzan chillidos y las ballenas cantan.

Territorios por descubrir

—Pero ninguno de ellos la pone por escrito —sonrió ampliamente Cruzie. Oslo me apretó el hombro, con dureza:

—El zángano está levemente enfadado —dije— y más que un poco sorprendido.

Cruzie tocó con la yema de los dedos una pantalla: apareció el interior de una de las pirámides. Era una especie de depósito, lleno con centenares, quizá miles, de las calabazas que yo había visto antes, que los vesianos habían estado transportando.

—Los seres que no utilizan comunicación verbal emplean olores, exactamente igual que las hormigas en el planeta madre. Los vesianos emplean olores para marcar los territorios que administran sus reinas. Y una de las cosas que empezaron a despertar mi curiosidad eran estas zonas de almacenamiento: ¿para qué eran? Así que me colé en una y empecé a romper las calabazas.

Beck se puso tenso.

—No está contento con esa línea de razonamiento —murmuré.

—Es lo que pensé —contestó Oslo e hizo una señal de asentimiento a Cruzie, que prosiguió:

—Y cada vez que rompía una calabaza la hallaba vacía. No llena de líquido, como Beck nos dijo que era probable que lo estuviera. Al principio pensamos que eran para almacenamiento. Un comportamiento adaptativo. O una señal de inteligencia. Difícil de decir. Hasta que las rompí todas.

—Pudieron haber estado vacías, esperando a que se las cerrara herméticamente —dijo Beck, con voz desprovista de matices.

Suspiré:

—Lo lamento, Beck. Tengo que hacer esto. Está diciendo la verdad, Oslo... pero los está llevando por una línea de razonamiento equivocada.

—Sé que lo está haciendo —dijo Cruzie—, porque los vesianos atiborraron el emplazamiento con calabazas nuevas. Había olores químicos, vestigios colocados en las calabazas antes de que se las sellara. Los vesianos examinaron las calabazas rotas; después llenaron las nuevas con olores. Empecé a examinar los vestigios químicos y descubrí que en cada calabaza reemplazada se había rociado y almacenado las mismas secuencias químicas que en las calabazas que rompí.

Los músculos de Beck se pusieron tensos. Cualquier ser humano podía ver ahora el estrés. No necesité decir nada.

—Eran como monjes, copiando manuscritos. ¿No es así, Beck? —preguntó Cruzie.

—Sí —dijo Beck.

—Y los marcadores químicos; es un lenguaje, ¿no? —preguntó Kepler. Pude sentir la tensión en su voz: no era solamente decepción, sino furia.

—Lo es —Beck se levantó con lentitud.

—Tardé días en darme cuenta —dijo Cruzie— y eso después de las semanas que estuve aquí. El Compacto se dio cuenta de inmediato, ¿no?

Beck dirigió la mirada hacia mí; después volvió a Cruzie:

—Sí, el Compacto lo sabe.

Territorios por descubrir

—Entonces, ¿qué demonios está planeando hacer? —Kepler se puso delante de Beck, retrayendo los labios como un lobo furioso.

—Sólo soy un zángano —dijo Beck—. No lo sé, pero les puedo dar una respuesta dentro de una hora.

Durante un segundo todos quedaron paralizados. Oslo, lleno de furia dolida, la mirada clavada en Beck. Kepler, pasando de la ira a alguna especie de decisión. A Cruzie se la veía... triunfante. Ajena a los verdaderos sucesos asombrosos que había en el aire.

Y yo observaba.

Como cualquier buen Amigo.

Entonces, un intenso *uuup uuup* nos sobresaltó a todos y nos sacó de las poses en las que estábamos.

—¿Qué es eso? —preguntó Cruzie, mirando en derredor.

—Los gheda están aquí —respondieron al mismo tiempo Oslo, Kepler y Beck.

EL SENDERO MENOS RECORRIDO

—**V**otemos —dijo Oslo con brusquedad.
Cruzie tragó saliva. Vi microgotas de sudor en el costado del cuello:
—¿Ahora mismo?

—Los gheda están entrando —dijo Kepler, oscuros sus ojos artificiales: imaginé que los tenía conectados a las computadoras, mirando la información proveniente de los sensores de la estación—. En unas horas reducirán la aceleración y se ajustarán a nuestra órbita: no hay tiempo para el debate, Cruzie.

—Lo que estamos a punto de hacer es algo que requiere un debate. Son inteligentes. Estamos proponiendo extirpar todo eso durante el próximo día, con el virus adaptado de Kepler. Terminarán con una lobotomía viral, apenas con la inteligencia suficiente como para que podamos afirmar que sus artefactos provienen de una conducta natural de su mente de colectiva. Pero les habremos robado su cultura. Su mente. Su historia. —Cruzie sacudió la cabeza, en gesto de negación—. Sé que dijimos que van a perder la mayor parte de eso cuando lleguen los gheda pero, si hacemos eso, somos peores que los gheda.

—¡Por mil demonios, Cruzie! —rugió Oslo— ¿Ahora estás cambiando de opinión?

—¡Oslo! —Cruzie alzó las manos, como si tratara de repeler las palabras furibundas.

—Ya viste nuestro planeta madre —dijo Oslo—: los barrios bajos. La inanición. Las patrullas gheda de combate. Eran dueños de *cada persona*. Si no proporcionabas valor, eras nada. *Combatiste* en la campaña del Sahara; atacaste la estación de Abbuji. ¿Cómo demonios puedes darle la espalda a todo aquello?

—No le doy espalda: quería un sendero diferente —contestó Cruzie—. Es por eso que estamos aquí. Con el dinero por las patentes podríamos cambiar las cosas... pero ¿qué estamos cambiando aquí si no somos en absoluto mejores que los gheda?

Territorios por descubrir

—Somos nosotros o esas hormigas de mierda —dijo Kepler, la voz repentinamente desapasionada—. En verdad es así de simple. ¿Con quién está tu lealtad?

Me mordí el labio cuando oí eso.

—Cruzie... —empecé a decir.

Alzó una mano y fue hacia la consola, el pulgar hacia arriba:

—Se necesita un voto unánime para liberar el virus. Es por eso que insistí.

—Tienes razón —dijo Kepler. Me estremecí: podía oír el odio en su voz. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a Oslo.

Él alzó el bastón. Los diminutos granos que había en el interior repiquetearon y, después, un dedo dentado de energía saltó y golpeó a Cruzie en la parte baja de la espalda.

Cruzie vaciló sin control, los brazos inertes mientras ella bailaba; después se desplomó. Oslo apretó el bastón contra la cabeza de ella y disparó otra vez: de las órbitas de Cruzie salió sangre a borbotones, cuando algo dentro del cráneo le hizo *pop*.

Una voluta de humo salió por su boca abierta.

Oslo y Kepler pusieron el pulgar contra las pantallas:

—Ahora tenemos un voto unánime.

Pero una señal roja de advertencia parpadeó como respuesta. Beck se relajó levemente; en sus labios apareció brevemente la curva de una sonrisa.

Oslo levantó el bastón y lo apuntó a Beck:

—Nuestras comunicaciones están bloqueadas.

—Sí —dijo Beck—: el Compacto está votando contra el genocidio preventivo.

Durante una fracción de segundo vi revolotear por la cara de Kepler la decisión de matar a Beck.

—Si lo matan —dije en voz alta—, el Compacto no cejará hasta daros caza a los dos. No pueden disfrutar de sus riquezas si están muertos.

Kepler asintió con la cabeza:

—Tienes razón. —Pero me miró con una pregunta en la cara.

Me encogí de hombros:

—Si todos ustedes están muertos, no tengo comisión sobre el cargamento.

—Lo activaremos de forma manual —dijo Oslo—. Nos llevaremos al zángano: no lo vamos a dejar aquí para que cause más problemas. También tráelo a él, o a ella, o a lo que fuere que el Amigo se llame a sí mismo. Tu contrato, Alex, ahora es vigilar a Beck.

Atravesamos a atmósfera verde de Ve envueltos en llamas. El módulo de descenso corcoveaba y gemía; la cubierta exterior se agrietaba a medida que la erosionaba el calor de nuestra bola de fuego de reentrada.

Desde la diminuta y atiborrada cabina yo observaba cómo separábamos las nubes y caíamos lentamente en espiral desde el cielo, cuando las alas se desplegaron desde ranuras que había en el costado del vehículo con forma de lágrima y empezaron a batir un complicado movimiento en forma de ocho.

Oslo nos apuntó con su bastón cuando el módulo tocó tierra:

—Pónganse el casco y salgan. Los dos.

Así lo hicimos.

Pesadas brumas cargadas de cloro se arremolinaron en derredor, perturbadas por nuestro descenso. Grandes flores como polveras lanzaban chorros de ácido cada vez que las tocaba un trozo de escombros perdidos que llevaba el aire agitado y las hojas de material plástico, negras, que había todo alrededor de nosotros cabeceaban suavemente en una brisa baja.

Oslo y Kepler sacaron un paquete grande de la bodega del módulo de descenso. Grandes trozos de tubería. Se dedicaron a construir una antena autónoma, pieza por pieza. Observé a Beck. No podía verle la cara, pero podía verle la postura.

Estaba a punto de huir, lo que no tenía lógica: ¿correr adónde? ¿En este mundo?

Al cabo de unos minutos, Oslo y Kepler habían montado una torre de nueve metros. Tragué saliva y me mantuve en silencio. Fue una elección, un curso deliberado de acción. Violé mi contrato.

Oslo colocó una pieza de sujeción en la parte superior de la torre; después desenrolló un tramo de cable. Él y Kepler lo usaron para tirar de la estructura superliviana y ponerla enhiesta.

Ése fue el momento en que Beck corrió, mientras la torre se encontraba a mitad de camino para quedar vertical.

—¡Maldita sea! —maldijo Oslo por los minúsculos altoparlantes de nuestros cascos, pero no dejó caer la estructura—. Sólo tienes algunas horas de aire, pedazo de imbécil.

La única respuesta fue la respiración pesada de Beck.

Cuando la antena estuvo vertical, Oslo se me acercó apuntándome con el bastón:

—No nos advertiste.

—Llevaba puesto un traje espacial —dije con calma.

Pero pude ver que Oslo no me creía. Entrecerró los ojos y tensó los dedos. Una brillante explosión de dolor entró en mí, desgarrándome.

Mi visión se aclaró.

Estaba apoyado en manos y pies, temblando por el dolor de la descarga eléctrica. Un torbellino de escombros azotó mi entorno: miré hacia arriba para ver el módulo que ascendía hacia el cielo.

Así que eso era. Yo había hecho mi elección: intentar no ser un monstruo.

Y había sido en vano. A los vesianos se los lobotomizaría con el virus de Kepler.

Territorios por descubrir

Beck iba a morir. Yo iba a morir.

Contemplé el módulo, que iniciaba una amplia espiral ascendente que lo alejaba de mí. Dentro de unos segundos iba a disparar sus cohetes y trepar hasta ponerse en órbita.

Dentro de algunas horas me iba a quedar sin aire.

Cuatro grandes calabazas describieron un arco en lo alto, sobre el bosque negro, y se estrellaron en el costado del módulo de descenso. Fruncí el ceño. Al principio pareció que no habían tenido efecto alguno: el módulo seguía ascendiendo en una trayectoria en espiral.

Pero entonces se tambaleó.

El módulo se sacudió y se esparció humo desde una grieta en alguna parte del costado.

Explotó. La bola de fuego quedó colgando en el cielo.

—¡Aléjate de la antena! —dijo súbitamente Beck—. Ahora le toca a ella.

Corrí sin pensarlo dos veces y, mientras aún me alejaba del claro, calabazas de ácido golpearon la estructura. El metal crepitó, produjo espuma y después empezó a fundirse.

Segundos después escapé a un sendero de tierra por el que se habían remolcado las catapultas que lanzaron las calabazas con ácido hasta ponerlas en posición de disparo.

Beck me esperaba, rodeado por una multitud de vesianos. Solamente llevaba el casco: se había arrancado el traje. La piel le burbujeaba con ampollas debidas a quemaduras químicas graves.

—Los vesianos destruyeron todos los vehículos operados a distancia que llevaban virus —dijo—. Las reinas han puesto en cuarentena a todos los vesianos que hubieran estado en cualquier zona que hubiera tenido un VOD. La especie sobrevivirá.

—Estuviste hablando con ellos —dije. Después volví a pensar en el reconfortante olor que hubo en mi habitación la primera noche que Beck pasó conmigo—. Te estás comunicando con ellos. Tú les previniste.

Beck levantó su traje:

—Sí. El Compacto me alteró para que fuera un embajador ante ellos.

—Beck, ¿cuánto tiempo puedes sobrevivir en este ambiente? —Clavé la mirada en su piel ampollada.

—Un año. Quizá. Para ese entonces habrá otro listo. Quizás una estructura para vivir. Los gheda estarán aquí pronto para traer aire. El Compacto llegó a un acuerdo con ellos: las reinas vesianas aceptan unirse al Compacto. El Compacto consigue extenderse fuera del sistema madre, pero sólo hasta Ve. A cambio de eso, los gheda reciben los derechos sobre todos los descubrimientos patentables que se hicieren en el nuevo ecosistema. Les interesa, de manera particular, la fotosíntesis orgánica con base en materiales plásticos.

Me desplomé en el suelo, al darme cuenta de que iba a vivir. Beck se sentó al lado de mí. Un pequeño vesiano se acercó llevando una calabaza en sus mandíbulas.



Colocó la botella plástica orgánica al lado de mis piernas:

—¿Qué es eso?

—Un tarro de buena voluntad —dijo Beck—: la reina vesiana de esta zona te está dando las gracias.

Todavía seguía contemplándolo dos horas más tarde, cuando mi aire desapareció, la visión se me hizo borrosa y el módulo gheda de descenso finalmente llegó a nosotros.

El capitán de la estación ladeó la cabeza:

—Volviste.

—Volví —dije. Alguien estaba deshaciendo mis dos maletas. Una de ellas contenía con todo cuidado el *obsequio* vesiano.

—Nunca creí que te volvería a ver —dijo el capitán de la estación—, no con un contrato como ése.

—No resultó. —Miré hacia el vacío del espacio que estaba más allá de nosotros—. Ciertamente no para la gente que me contrató. Ni para mí.

—Tienes un contrato periférico con el Compacto. Una línea de crédito en la estación para todo el aire que puedas respirar. No eres un ciudadano sino que estás al perpetuo servicio del Compacto como Amigo profesional primordial para todas las transacciones que se haga en este sistema. Hiciste las cosas muy bien.

Sonreí abiertamente:

—Un porcentaje sobre el cargamento como el que me ofrecieron es un cuento de hadas, un cuento de hadas que sólo alguien desalmado habría querido que se volviera realidad.

—Estoy sorprendido de que no optases por unirme al Compacto —dijo el capitán de la estación, mirándome con detenimiento—: en este universo es un sitio seguro para seres humanos. Aun como periférico para ellos, podrías seguir estando en peligro durante las negociaciones por patentes con los gheda.

—Lo sé, pero éste es mi hogar. Mi hogar. No soy un zángano; no quiero serlo.

El capitán de la estación suspiró:

—Entiendes que la estación es mi único amor. No tengo un círculo social. Para mí únicamente existen las fluctuaciones de salud de esta estructura.

Sonreí:

—Es por eso que usted me gusta, capitán: tiene pocas emociones, hace tratos justos, es lo más cercano que tengo a una familia. Hasta puede ser lo más cercano que tenga a un amigo, con «a» minúscula.

—Sigues tus contratos al pie de la letra. Me gusta eso de ti —dijo el capitán de la estación—. Me complace que continúes aquí.

Territorios por descubrir

Juntos contemplamos la nave parecida a una aguja que me había traído de vuelta a casa, mientras se alejaba en silencio de la estación.

—El Compacto me compró una habitación de tres por tres con un ojo de buey —dije—. Ya no tengo que venir hasta acá arriba para mirar subrepticamente las estrellas.

—El capitán de puerto suspiró con felicidad:

—Son hermosas, ¿no es cierto? Pienso que siempre las hemos amado, ¿no? Incluso antes de que se nos forzara a abandonar el mundo madre.

—Eso es lo que dicen los libros de historia —dije en voz baja sobre el sonido de conductos y de la chirriante estación—. Soñamos con llegar aquí, con vivir entre ellas. Soñamos con las maravillas que íbamos a ver.

—Los gheda no ven las estrellas —dijo el capitán de la estación—. Tienen pocos ojos de buey. Parte de mi contrato con ellos para que me convirtieran en el capitán de puerto fue que yo iba a tener esta sala.

—No las ven del modo en que lo hacemos nosotros —coincidió.

—No son humanos —dijo el capitán de puerto.

—No, no lo son —miré hacia las estrellas distantes—. Pero, si es por eso, pocas cosas aun lo son.

La nave gheda desapareció en un relámpago cegador de luz, avanzando a todo galope por el espacio hacia su siguiente destino.

© del texto original Tobias S Buckell
© de la traducción Daniel Yagolkowski

TOBIAS BUCKELL nació en el Caribe. Se mudó a Ohio en 1995 después de que una serie de huracanes destruyeran el barco en el que vivía. Se enamoró de la Ciencia Ficción a una edad muy temprana. Cuando tenía seis o siete años, quedó prendado de las ideas y el sentido de la maravilla que encontró al leer las novelas de ARTHUR C. CLARKE y ASIMOV. Desde 2006 es escritor profesional freelancer. Ha publicado cinco novelas en los EE.UU. con Tor Books.



TERRITORIO POR DESCUBRIR

por Nancy Fulda

Traducción: José Ángel Menéndez Lucas

En esta historia los intereses económicos y los políticos tienen como escenario el Laboratorio Exosférico Gary Hudson, un campo de batalla donde Norma Jean Goodwyn demostrará a propios y extraños que la edad y la salud no son condiciones que deban limitar la toma de decisiones fundamentales y que lo importante no es tener miedo a morir, sino vivir con plenitud y libre de todo temor.

El Laboratorio Exosférico Gary Hudson rotaba perezoso frente a una extensión de estrellas luminosas. La luz del sol centelleaba en el compartimento de la esclusa, haciendo resaltar el enrejado que unía sus tres anillos concéntricos.

Norma Jean Goodwyn, cofundadora del laboratorio y actual Directora, daba la espalda a la oficina médica del hábitat y contempló el vacío salpicado de estrellas.

No era de las que se quedaba mirando embobada por los ventanales. Había vivido doce décadas y tres de ellas las había pasado en órbita; a estas alturas, el paisaje era rutinario. Confortable. Como la sensación de una llave de tubo entre sus dedos, o el sonido de risas en un cuarto cercano.

Como un amigo que aún no te ha traicionado.

Escuchó una voz alegre que provenía de detrás de su hombro.

—Veo que has hablado con Akash.

—Yo *no* voy —dijo Norma sin volverse de la ventana— a permitirle poner ningún artilugio mecánico chapucero en mi pecho.

Unos nudillos huesudos le dieron un golpecito en el costado y Nkiruka Azikiwe se puso a su lado en la barandilla. Enjuta y marchita, pero en absoluto débil, Nkiruka se movía con enérgica precisión. Escrutó con la mirada a Norma.

—Un corazón mecánico no es el fin del mundo, ¿sabes?

—Esas cosas no son fiables.

—Admítelo. Estás asustada.

—¡De eso nada! Yo... es sólo que...

Norma vaciló. ¿Cómo podía explicarlo? Los corazones artificiales eran muy comunes en la actualidad, pero desgraciadamente aún seguían fallando. De alguna forma parecía la maniobra de una mujer desesperada, débiles dedos aferrándose a la vida, a cualquier tipo de vida, durante unos instantes más. Sabía a dónde conducía ese camino y se negaba a seguirlo.

Territorios por descubrir

Las manos de Norma, marchitas y llenas de manchas por el paso del tiempo, estrujaron la barandilla de la ventana.

—¿Debo suponer que Akash ya ha cursado la orden?

Nkiruka titubeó, siendo consciente de conocer un secreto que no sabía si desvelar.

—Llega mañana en un pedido urgente.

—¿Qué? —Norma volvió la cabeza velozmente. La gravedad pareció evaporarse y dio las gracias de tener las palmas bien sujetas a la barandilla—. Pero cómo... ¡Pedazo de idiota!... —Nkiruka la observaba con diversión apenas disimulada. Norma respiró profundamente—. ¿Tienes la menor idea de cuánto cuesta enviar un cargamento por el ascensor espacial?

—En realidad no. Prefiero centrarme en mis microorganismos y dejaros las finanzas a vosotros, los de gerencia. —La sonrisa de Nkiruka se desvaneció—. Pero conozco a Akash y si él dice que tu corazón no aguantará hasta el próximo cargamento programado, es que no lo hará.

—No dijo que no fuese a aguantar. Dijo que *quizá* no aguantase.

—Dijo que necesitabas uno nuevo y, desde mi punto de vista, si traerlo acarrea un poco de publicidad negativa, es un precio que pagaré gustosa.

—*Publicidad negativa* es todo lo que necesitan esos necios de la Tierra para arrebatarnos este laboratorio. —Norma se aferró a la firme seguridad de la barandilla. Seguro que eran imaginaciones tuyas, pero parecía que su respiración se tornaba apremiante.

Nkiruka arrugó el entrecejo con preocupación.

—Norma, ¿hay algo que no nos hayas contado?

—Sí. No. No lo sé... Ahora que los activistas lunares han alcanzado un acuerdo, una base en la Luna parece una posibilidad real. Y el Exosférico Hudson está situado en el lugar perfecto para servir como estación de paso.

Nkiruka arqueó una ceja.

—¿Piensas que los lunares quieren robarnos nuestro hábitat?

—¿Por qué no? Es robusto, autosuficiente y comercialmente viable —los dedos de Norma tamborilearon en la barandilla—. ¿Recuerdas el rifirrafe por la Estación Espacial Internacional? Todos saben que los lunares sobornaron al menos a dos funcionarios.

—Vale, sí, pero era un pedazo de chatarra abandonado. Los lunares puede que no tuviesen derecho a ella, pero nadie más la quería. *Esta* estación es la principal institución en biología espacial y fabricación en gravedad cero de la Unión Terrestre.

Norma se giró hacia Nkiruka.

—Tú lo sabes. Y yo lo sé. Y también un puñado de catedráticos universitarios que están al tanto de las investigaciones en esos campos. Pero para las masas de la Tierra, este lugar no es más que un gran cementerio en el cielo.

—Ahora estás siendo paranoica.

—Estoy siendo realista. Construir un hábitat espacial precisa de algo más que dinero. Chad y yo trabajamos durante diez años para conseguir que nos aprobaran los planos estructurales del Exosférico Hudson y eso una vez que conseguimos financiación. Si los lunares pueden tomar atajos arrebatando logros ajenos, créeme, lo intentarán.

Nkiruka gruñó con escepticismo, pero Norma percibió el familiar y frío peso de la certeza en sus adentros. El apoyo público a favor del Exosférico Hudson nunca había sido grande. Los políticos podían haber entendido la lógica de permitir que ciudadanos ancianos estableciesen el primer asentamiento permanente de la humanidad en el espacio. ¿Cómo evitar mejor los peligros de embarazos en baja gravedad y una generación de niños que nunca podría regresar a la Tierra? Pero el ciudadano corriente aún tenía dudas sobre dejar que los ancianos llevasen a cabo una tarea tan delicada.

A Norma no le cabía la menor duda de que los lunares podían vender la costosa entrega de su corazón para convertirlo en un fracaso del control público y generar cuestiones inevitables al respecto: ¿cómo no se había detectado antes la degeneración del tejido cardíaco de Norma? ¿Cuándo había sido la última vez que una fuente autorizada había evaluado a los técnicos del Exosférico Hudson? ¿Podían los residentes de la colonia estar volviéndose, y alguno se atrevería a decirlo así, peligrosamente decrepitos en sus años de decadencia?

Norma se volvió hacia el marco de la ventana y estudió las estrellas con sus ojos pálidos.

—Para la gente de la Tierra no somos más que un montón de lisiados seniles. Viejos esperando su muerte.

—Tonterías. Construimos este lugar remache a remache y enseguida te pones a sudar horriblemente en esos trajes EVA, todo hay que decirlo. Si hay alguien capacitado para mantener en funcionamiento el Exosférico Hudson, esos somos nosotros.

Nosotros. La generación e. El grupo de ciudadanos que había estrenado la ola de innovaciones tecnológicas provocada por el boom de la biomedicina a partir de la década de 2030 y que como consecuencia se había pasado la mitad de sus vidas luchando contra las expectativas de edad de los demás.

El último marido de Norma, Chad, lo había expresado mejor:

—Asúmelo —refunfuñó tras ser obligado a jubilarse por tercera vez—. Somos la generación más vieja del planeta y será así hasta que muramos. No importa cuan buenos sean nuestros curriculum. Mientras estemos atrapados en una burocracia gestionada por gente más joven que nosotros, vamos a tener que demostrar y volver a demostrar nuestra valía cada década.

Aquél había sido el origen del Exosférico Hudson. La idea había comenzado como una broma: una forma de demostrar a aquellos arrogantes medievos que ser un ciudadano anciano no te convertía automáticamente en un incapaz. Solían reírse de ello con sus amigos en la sobremesa y entonces...

Entonces el ascensor espacial por fin estuvo terminado y funcionando y la idea no sonó tan ridícula después de todo.

Los dedos de Norma continuaban tamborileando en la barandilla. Los pecosos dorsos de sus manos subían y bajaban con el ritmo de sus pensamientos.

Este transporte de emergencia del corazón podría ser precisamente la oportunidad que los lunares habían estado esperando. La imagen de un hábitat espacial multimillonario despilfarrado en el nombre de una soberanía geriátrica ponía los pelos de punta por toda la Tierra. Los lunares sólo necesitaban potenciar ese miedo para arrebatárles el Exosférico Hudson.

Y si los activistas lunares ganaban, Norma y el resto de miembros de su generación serían etiquetados como viejos bobos seniles, incapaces de construir una estación espacial, incapaces hasta de vivir en ella. Volverían a tener que pelear en desventaja cada vez que solicitasen un trabajo, volver a discutir con sus parientes sobre si podrían vivir de forma segura estando solos en una casa. Nadie volvería a confiar en ellos para nada, nunca más.

Las manos de Norma se congelaron, aferradas como hielo a la barandilla. Sus labios se convirtieron en una línea obstinada e irregular.

Cayese quien cayese, no iba a permitir que eso sucediese.

Cuando Norma llegó a su oficina desubrió cinco mensajes urgentes de la Tierra. El primero era una solicitud de su compañía de seguros, pidiendo confirmación sobre si estaba en vigor la colegiación de su médico en el Colegio Médico de su nación.

El segundo era una llamada de cortesía del secretario adjunto de la Asamblea de la Unión Terrestre, notificándole que la Carta de Colonización del Exosférico Hudson estaba siendo revisada de acuerdo con la sección 12, párrafo 14 de la Constitución de la Unión Terrestre y que la comisión estaría dirigida por el Departamento de Salud Pública.

El tercero, cuarto y quinto mensajes eran notificaciones automáticas de noticias periodísticas relativas al Exosférico Hudson. La expresión de Norma se volvía más severa a medida que leía.

—Por todos los... ¡Maximilian! —gritó, sobresaltando a todos los operarios que estaban en el pasillo. Dadas las restricciones de espacio de un hábitat orbital, la «oficina» de Norma era en realidad un cubículo en una pasarela densamente poblada que servía tanto de centro administrativo de la colonia como de atajo práctico entre los muelles y la cafetería.

Maximilian apareció desde la dirección en que giraba la estación, con la cabeza agachada con deferencia hacia la parte inferior del pasillo. Su pelo flotaba sobre su cráneo en un tenue halo. Un golpe resonaba cada vez que la punta de su nudoso bastón de nogal golpeaba el suelo.

—Hasta aquí hemos llegado —refunfuñó, apoyando su codo en la parte trasera de la silla de Norma—. Quiero que las oficinas jurídicas sean trasladadas más cerca de la puerta. Estoy demasiado viejo para cargar tanto la espalda.

—La culpa es de los ingenieros —dijo Norma—. Aunque pensándolo mejor, deberías agradecerles que diseñasen los niveles industriales, cuando menos, con más de dos metros de altura. Échale un vistazo a esto. —Señaló su pantalla de trabajo—. ¿Pueden *hacer* esto?

Maximilian analizó los mensajes abiertos y luego se estiró por encima del hombro de Norma para revisar los otros.

—Hmph —dijo finalmente—. Ha sucedido rápido. —Enderezó su espalda y su voz cobró un timbre profesional—. Sí, pueden hacerlo. La Asamblea de la Unión Terrestre puede revisar y revocar, si es necesario, cualquier Carta de Colonización Orbital que haya sido concedida por ese mismo organismo.

—Ya lo sé —dijo Norma con irritación—. Pero no es posible que hayan podido reunir suficientes pruebas para convocar una audiencia tan rápido. Esperaba protestas públicas o una orden para que auditores independientes inspeccionasen la estación. No...

No... lo que fuese aquello.

Norma tenía la desagradable sensación de haber sido adelantada por la derecha. Había entrado en su oficina preparada para empezar una campaña agresiva de relaciones públicas: entrevistas, ruedas de prensa... suficientemente osada para convencer al público de que un cargamento de urgencia no constituía una crisis de salud. En su lugar, habían retirado de debajo de sus pies la alfombra de la opinión pública para sustituirla por el terreno más sospechoso de la cháchara política.

A Norma no le gustaba el nuevo terreno de juego. La opinión pública podía ser modificada. La opinión *política*, en cambio... la opinión política sólo podía ser comprada y el Exosférico Hudson no poseía la divisa adecuada para negociar. Ni siquiera tenían voz en la Asamblea de la Unión.

—Si la Unión Terrestre revoca nuestra Carta —dijo lentamente Norma—, el Exosférico Hudson y todo su equipo se convierte en territorio sin dueño y la Unión Terrestre puede reasignarlo a su gusto.

—Sí, ésa fue una de las disposiciones de la concesión de investigación inicial. Sin embargo los anillos del hábitat han sido ampliados desde entonces. Podríamos impugnarlo para que lo redistribuyan basándonos en que la colonia es propiedad privada en parte.

—No será suficiente.

La mente de Norma echaba humo. La habían cogido por sorpresa, privándola de cualquier influencia política. Oh, tenía amigos en la Asamblea de la Unión, buenos amigos incluso. Pero no podrían apoyar su causa eficazmente sin tener unos cuantos días para prepararse y la audiencia estaba programada para comenzar en cinco horas.

Norma reconoció que acelerar la audiencia era una decisión brillante de sus adversarios. La espantosa lógica de aquello hizo que quisiese llorar. O estar furiosa. O algo.

Se levantó y empezó a dar vueltas.

—¿Cómo contraatacamos, Max?

—No hay nada que contraatacar aún. Han convocado una audiencia a puerta cerrada, no tenemos forma de acceder al orden del día ni de saber a qué consultores han llamado.

En otras palabras, estaban ciegos y sordos.

Y desarmados.

Norma aceleró el ritmo de su pasos. En los estrechos confines del pasillo, el efecto era como el de un tigre merodeando en su jaula.

—El juego de nuestros adversarios se basa en demostrar que hemos infringido nuestra Carta. Como la comisión la dirige el Departamento de Salud Pública, tendrán que probar que la atención médica de esta colonia no cumple los estándares de la Unión Terrestre.

—Pero sí los cumple. Akash es el médico más competente que he conocido nunca. Y he conocido unos cuantos. ¿Cuándo esos necios de la Tierra dejarán de dudar de nuestra inteligencia sólo porque somos *viejos*?

El corazón de Norma palpitaba. Se apoyó en el respaldo de su silla y se detuvo para coger aliento.

Maximilian la observaba seriamente.

—Norma —dijo—. Acerca de tu corazón...

—Oh, por el... ¿Queda alguien en este hábitat que *no* lo sepa?

Maximilian frunció el ceño.

—Puede que algunos de los chicos del turno de limpieza no se hayan enterado. — Se puso serio y arqueó sus cejas con una expresión de autoridad—. Ahora, jovencita, y puedo llamarte así, visto que soy doce años mayor que tú, escúchame. No podrías haber detenido esto. Nadie hubiese podido. Así que no te cebes con Akash porque haya pedido ese corazón sin consultártelo antes.

—¿Quién dice que voy a hacerlo?

Maximilian alzó una mano para evitar más protestas.

—Es médico. Hizo lo que era mejor para su paciente y que se fastidien los políticos. Es una de las razones por las que me cae bien. Pero incluso si no hubiese encargado el corazón, nuestra Carta hubiese sido puesta en cuestión muy pronto. Hay demasiadas agencias espaciales peleándose por el poder en este momento. Una de ellas habría encontrado una excusa. O la habría fabricado.

Norma exhaló ruidosamente. Se sentó en su silla con un gruñido casi imperceptible y se giró para encarar a Maximilian.

—¿Sabes lo más irónico de todo esto? Que ni siquiera quiero el corazón.

—Piénsatelo mejor.

Por un momento Norma pensó que había oído mal.

—¿Perdón?

—No estoy hablando de tus preferencias personales —continuó Maximilian—. Dios sabe que todos tenemos límites y no culparé a nadie de negarse a cruzarlos. Pero si esta audiencia termina mal, vamos a pasarnos dos años sumidos en procesos de apelaciones. —Apoyó su peso en el bastón y se inclinó hacia ella—. No voy a fingir que tengamos muchas posibilidades. Pero sin ti, no tenemos ninguna.

—No seas memo. No soy la única persona capacitada para gestionar un hábitat.

—No estoy sugiriendo que lo seas. Pero tú tienes treinta años de experiencia en el cargo, además de un considerable número de conexiones políticas. No te lo estoy pidiendo como amigo. Te lo estoy pidiendo como miembro de esta colonia. Acepta el corazón. No nos haga librar esta batalla sin un líder.

Norma le miró fijamente, estupefacta.

Los golpes del bastón de Maximilian se alejaron pasillo abajo.

Con nada a qué enfrentarse hasta que fuese anunciado el resultado de la audiencia, Norma se vio obligada a matar la espera. Después de llamar a sus contactos de la Unión Terrestre y poner a Maximilian a trabajar en una apelación formal —por si acaso— el día transcurrió con la trivialidad de siempre. Reclamaron su atención mensajes, reuniones de personal y controversias locales. Nkiruka pasó para informar sobre un caso de violación de patente. Un vertido químico en el laboratorio de sintéticos alteró los turnos de trabajo de toda la estación.

Aquella tarde, mucho después de que los otros trabajadores de las oficinas se hubiesen retirado a sus camas, Norma apagó su pantalla y se levantó para regar las enredaderas que atestaban el entorno de su zona de trabajo. Tan pronto como dejó su silla, su visión se nubló. El corazón martilleaba, los labios se tensaron al quedarse sin aliento de repente, y apoyó la mano arrugada en el marco de la puerta para sostenerse mientras completaba los quehaceres vespertinos.

Había sufrido numerosos vahídos a lo largo del día, una progresión de la pauta que la había terminado llevando al despacho de Akash para aquel chequeo tan largamente aplazado. Ahora, recorriendo en solitario el oscuro pasillo, Norma se vio obligada a reflexionar que quizá Maximilian estuviese en lo cierto: si pretendía ayudar al Exosférico Hudson en la crisis presente, iba a necesitar un corazón mecánico.

El pensamiento la perturbó. Norma había pasado gran parte de su infancia al lado de la cama de su abuela, viendo a la enfermeras corretear dentro y fuera de la habitación, escuchando la fatigosa respiración de una mujer que había tenido más agallas que el resto de la familia junta. Cerca del final, a la abuela ni siquiera le permitían salir de la cama; las enfermeras temían que resbalase y se rompiese un hueso.

Norma había jurado, en aquel lejano momento de hacía tantas décadas, que nunca dejaría que eso le pasase a ella: anclada a un colchón y un montón de almohadas, sin permiso para levantar nada más pesado que un vaso de naranjada; dependiendo de otros no porque su cuerpo fuese demasiado frágil, sino por que el miedo de los demás era demasiado intenso. Limitada mucho más allá de lo que debería por la bienintencionada presión de los demás.

Era tarde y los pasillos estaban desiertos. Bajo la tenue luz de las luces del suelo, la hiedra no era más que sombras que colgaban de nichos en las paredes. Los pies de Norma se arrastraban sobre el suelo camino de su cubículo para dormir.

Una vez se hubo acomodado en su cama, Norma contempló un buen rato la oscuridad. Al fin activó el intercomunicador del laboratorio y dejó dos mensajes: uno para el coordinador de los grupos de trabajo, ofreciendo unirse al grupo de voluntarios que se preparaba para el cargamento urgente del día siguiente.

El otro mensaje era para Akash, diciéndole que se sometería a la operación de corazón por la tarde.

—¡Listo! —anunció Norma.

Desde la rejilla, el hombre sujeto al techo desenganchó las pinzas de seguridad y dejó que bajase el soplete.

Su descenso fue más lento que rápido: la gravedad en el anillo interior era apenas un cuarto de la terrestre. Norma compensó el efecto coriolis, con cuidado de no excederse, y lo interceptó antes de que llegase al suelo. Sus vahídos eran un poco peores esa mañana, pero no iba a dejar que eso le impidiese hacer su parte del trabajo. Al fin y al cabo, era *su* corazón el que venía en aquella capsula de entrega.

Cargó el cortador en la carreta de transporte y sacudió el polvo de sus guantes de trabajo en el mono. Era una sensación agradable, moverse, trabajar con sus manos en lugar de estar atrapada en la silla de su escritorio. Como cambiar pastillas de freno en el taller de su padre en la Tierra o soldar radiadores en los anillos del hábitat. Trabajo honesto, sano, sin rifirrafes políticos.

Territorios por descubrir

La siguiente herramienta que bajó fue una enorme fresadora. Norma la estibó con las demás.

—Ya está —avisó el hombre del techo—. Asegúrate de traerlo todo de vuelta cuando termines.

Norma hizo una reverencia y empujó la carreta hasta el muelle. Se sujetó los guantes al cinturón de herramientas y lo condujo hasta el anillo exterior, ignorando las náuseas que subieron desde su estómago cuando cambió de nivel de gravedad.

El muelle se abrió. Norma metió la carreta en el angosto pasillo. Las ventanas pasaron en espiral a medida que avanzaba; el espacio que separaba los bordes de la carreta y la pared era de escasos centímetros. Hasta el techo parecía ir a aplastarla.

En una ocasión Maximilian había llamado claustrofóbicos a aquellos pasillos, un apelativo con el que ella nunca estuvo de acuerdo. Para Norma Jean, «claustrofóbico» siempre significaría estrechas salas de hospital con olor a antiséptico y las débiles manos de su abuela apretando las suyas tan fuerte que los dedos se le adormecían, porque ella era la única en aquella familia sureña, efervescente, empalagosa, que sabía que su abuela no era una inútil, así que era la única en la que ella osaba confiar en busca de consuelo.

Y la abuela murió de todos modos, maldita sea.

Aunque la tragedia no había sido la muerte en sí. Chad también había muerto y Norma nunca se había indignado por ello. Él había muerto de pie, en un accidente de EVA mientras ayudaba a añadir un nuevo módulo al hábitat, no consumido hasta la no existencia por parientes desesperados por protegerle de cualquier posible daño.

Norma jadeaba cuando llegó a la esclusa. Activó los frenos de la carreta y descansó apoyada en el tirador mientras esperaba a que el mundo dejase de dar vueltas.

Por toda la habitación había voluntarios apartando macetas con plantas de las puertas de la esclusa, con cuidado de no arañar los mamparos. Allí las ventanas iban del suelo al techo, hechas de cerámica transparente. A través de ellas Norma vio a gente de la colonia en trajes EVA inspeccionando el enganche libre que igualaría su momento con el del cargamento y lo desplazaría hasta la esclusa.

—¡Ahí estás! —Nkiruka saludó alegremente y descansó ambos antebrazos en la enorme maceta de un lirio de paz. Las arrugas de su cara se ajustaron perfectamente en torno a su sonrisa—. Olvidé traer los cables prolongadores, así que mandé a Akash a recogerlos. Porque vamos, es *posible* desmontar una cápsula sin ellos, pero una vez intenté conseguir un buen ángulo para el soplete con sólo metro y medio de cable y puedo garantizarte que no vale la pena.

Norma sonrió ante la queja tantos años repetida.

—Quizá deberíamos haber construido los muelles de forma que pudiésemos cargar en la carreta las cápsulas de entrega y que llegasen directamente a la máquina expendedora. Así podríamos aprovechar el envoltorio de metal y ahorrarnos la moles-

tia de cortarlo.

—Yo digo que empecemos a tirar cosas a la órbita terrestre inferior. Esta colonia no necesita crecer más.

—Costaría demasiado combustible —dijo Norma automáticamente. Puntualmente, el Exosférico Hudson había enviado alguna cápsula a la Tierra, cuando hubo cartas manuscritas o algún otro regalo físico que debía ser entregado a los parientes de los residentes. La cantidad de combustible necesaria para bajar una cápsula hasta la órbita baja de la Tierra no resultaba rentable en la mayoría de los casos.

Nkiruka se sacudió la arena de las manos.

—No te creas. El combustible sólo resulta caro si lo tienes que traer desde la Tierra. *Aquí* estamos sentados sobre cinco toneladas de hidrógeno líquido por el que todos y cada uno de los residentes de la colonia preferiría morir antes que usar.

Norma abrió su boca para protestar, pero se lo pensó mejor. Nkiruka tenía razón. En los primeros tiempos del Exosférico Hudson pareció prudente contar con un plan de evacuación en caso de que los sistemas biorregenerativos fallasen y dejasen a los habitantes literalmente jadeando en busca de aire. En lugar de evacuar el hábitat con cápsulas de transporte de emergencia, habían escogido convertir su colonia en su propio salvavidas, almacenando suficiente combustible para bajar los tres anillos a una órbita cercana a la Tierra y que desde allí les rescatasen.

Tras decidir que parecía que había ganado la discusión, Nkiruka se desplazó a la siguiente maceta que debía ser recolocada.

—¿Hay novedades de la Tierra?

Norma negó con la cabeza.

—Nada. Ni una palabra.

Nkiruka frunció el ceño, una opinión con la que Norma coincidía. La audiencia sobre la Carta había concluido hacía horas, pero la Asamblea aún no había anunciado los resultados. ¿Podía ser ese extraño silencio una buena señal?

—¿Hemos confirmado que los lunares sean los responsables, al menos? —preguntó Nkiruka.

—Eso pensamos. Maximilian ha rastreado tres fuentes de dinero provenientes de su organización. Tampoco es demasiado relevante.

La mirada de Norma se desvió irremediabilmente a las ventanas y a la delicada esfera suspendida en la oscuridad. En algún lugar allí abajo, demasiado fino y frágil como para verlo, el ascensor espacial culebreaba, recogiendo cargamentos que llegaban al límite de la atmósfera y elevándolos a órbitas superiores. Norma suponía que justo entonces estaba transfiriendo momento a la cápsula que traería su corazón artificial.

—Bueno —dijo Nkiruka filosóficamente—. Que sea lo que tenga que ser. A su de-

bido tiempo supongo que vendrán a decirnos lo que piensan. ¿Puedes echarme una mano con este rododendro?

Norma accedió, una decisión que lamentó cuando, un instante después, Akash entró por la lejana puerta con un montón de cable. Los ojos de su médico la criticaron mientras veía a Norma esforzarse para mover la enorme maceta.

—Norma...

—No me sermonees, Akash —dijo irritada—. Vamos a sustituir este corazón esta noche, así que no vale la pena reñir sobre si lo estoy maltratando. Estoy *bien*.

El cuerpo de Norma dejaba en evidencia sus palabras. No pudo evitar tomar aliento entre cada frase.

La mirada de Akash se volvió más severa, si cabía, pero o decidió que no era una pelea que fuese a ganar, o su mente se distrajo con asuntos más urgentes.

—Deberías subir al observatorio —dijo de repente—. Bernadette tiene visión directa de la cápsula.

—¿Y...? —apuntó Norma, desconcertada. No tenía por costumbre observar las cápsulas desde los telescopios exteriores.

—Tú ven y míralo.

El observatorio del Exosférico Hudson recordaba mucho a un cubículo de ordenador atestado. Los telescopios en sí estaban suspendidos *allá afuera*, ubicados en las estables órbitas de Lagrange, uno delante y otro detrás del hábitat. La información que transmitían se mostraba en una apretujada maraña de pantallas y teclados que compartían Bernadette y otros tres astrónomos en un espacio en el que cabían tan sólo dos personas simultáneamente. De hecho, el observatorio era conocido cariñosamente como «el cuarto de las escobas» y en un memorable Día de los Inocentes alguien había llegado al extremo de llenarlo de mopas y recogedores. Norma recordaba cómo Bernadette había palidecido.

Sin embargo, Bernadette parecía más perpleja que pálida esta mañana. Sus resueltos dedos se movían velozmente sobre el teclado con una diligencia que desafiaba a sus articulaciones artríticas.

—Ahí —dijo poco después de que Norma, Nkiruka y Akash se apiñasen tras ella en la puerta del observatorio—. Es la mejor vista que puedo obtener; si lo amplío más las subrutinas de optimización dirán basta.

El borde romo y oblongo de la cápsula apareció casi en el centro de la mayor pantalla del observatorio. Aun teniendo en cuenta la estática pixelada debida a los algoritmos de ampliación, Norma pudo discernir que no era... correcta. El liso revestimiento exterior de la cápsula presentaba en tres puntos abultados que se parecían mucho a propulsores y un conjunto de antenas agrupadas cerca del morro sugería

que...

—Es un módulo de Transporte Humano —dijo de repente.

A diferencia de las cápsulas habituales, los módulos T-H estaban equipados con propulsores para regresar a la órbita baja de la Tierra y un nodo de comunicaciones para los pasajeros que viajaban en su interior.

—Por todos los... —La voz de Nkiruka sonaba consternada—. ¿Por qué no nos lo han notificado?

—Quizás —dijo Akash— temían que rechazásemos al pasajero. Así que han enviado la cápsula sin preguntar.

—Bueno, pueden enviarle o enviarla de vuelta directamente —dijo Norma firmemente—. Esos módulos tienen suficiente aire para un viaje de ida y vuelta. Si no lanzamos el enganche para recogerlo, no tendrán otra opción más que volver a casa.

—Y llevarse tu corazón artificial con ellos —señaló Akash.

Norma vaciló.

—¿Cuántas personas pueden caber en una cápsula de ese tamaño? —preguntó Nkiruka. Su voz sonaba pensativa—. Porque no se necesitan más que cinco o seis hombres armados para hacerse con el control de todo el hábitat.

—No se atreverán —dijo Ahash.

Mejor que no lo hagan, pensó Norma. Porque Nkiruka estaba en lo cierto. La colonia no disponía de armas de fuego ni personal de seguridad entrenado. Chad y ella habían estudiado la posibilidad al principio, pero en todos los años que habían vivido en órbita sus cuidadosamente seleccionados y pacíficos ciudadanos ancianos nunca habían demostrado necesitar un cuerpo policial. El crimen resultó ser cosas de juventud.

O al menos, se corrigió Norma, lo eran los crímenes violentos. El Exosférico Hudson había albergado su cuota de fraude en las investigaciones, para su pesar, y un caso de malversación especialmente grave que había terminado con su perpetrador enviado de vuelta a la Tierra.

Bernadette estaba tecleando en su consola de nuevo.

—De acuerdo con los registros de aceleración... no puede haber más que una o dos personas a bordo. Si no fuese así habría alcanzado una menor velocidad de subida por el ascensor.

—Dos efectivos del SWAT serían suficientes —musitó Nkiruka.

—No podrían —dijo Norma con firmeza—. Sería allanamiento, asalto si hieren a alguien, y detonaría un jaleo político y de relaciones públicas que puedo asegurarte que no quiere *nadie* en la burocracia de la Unión Terrestre. —Lo pensó un poco más—. Sellaremos el área de recepción desde el exterior, por si acaso.

Ninguno pareció satisfecho con aquella solución a medias pero nadie ofreció ninguna idea mejor tampoco. Norma contempló la cápsula, aumentando de tamaño de forma imperceptible en la pulcra negrura de la pantalla del ordenador y frunció el ceño.



El hombre que salió de la cápsula era... *jo-ven*, fue lo primero que notó Norma. Apenas cuarenta y un negro pelo asiático en el que nacían las primeras canas. Sufrió un pequeño traspie mientras sacaba su cintura por los bordes de la cápsula, claramente desorientado por la gravedad simulada de la estación, y casi se golpeó la cabeza contra el bajo techo de la esclusa.

Norma, Akash y Nkiruka lo esperaban en el pasillo. El resto de los residentes de la colonia estaba viendo el intercambio por el circuito de video, a salvo tras los mamparos sellados en cada extremo del pasillo. A salvo, determinó Norma, pero quizá sin necesidad. El hombre que se movía casi aplastado por el estrecho espacio entre la pared y la cápsula tenía un aspecto claramente burocrático y el pesado paquete de papel Manila metido en el hueco bajo

su brazo tenía escaso parecido con un arma.

Llegó al pasillo, aún desequilibrado y se enderezó para saludar formalmente.

—¿Doña Norma Jean Goodwyn?

—Sí, soy yo.

—Joseph Hwang, UE Médica. He sido asignado para evaluar el estado del Exosférico Hudson y para entregar cierta correspondencia de gran importancia procedente de la Unión Terrestre.

Norma ignoró el apretón de manos que le ofrecía.

—Esto es allanamiento, Mr Hwang —dijo fríamente—. Este hábitat es propiedad privada y usted no ha sido invitado a bordo.

La expresión de simpatía de Hwang se esfumó.

—Me temo que los documentos que porto cambian esa situación, Doña Goodwyn. La Unión Terrestre ha rescindido la Carta del Exosférico Hudson. Desde ayer, este laboratorio no tiene permiso de habitabilidad. Lo siento... —En su favor había que decir que el lamento parecía sincero—. Pero deben maniobrar la estación para des-

Territorios por descubrir

cenderla a la órbita inferior terrestre. Desde allí la Unión Terrestre organizará el transporte a la superficie.

En el silencio que siguió a aquel discurso, Norma Jean percibió con total claridad el leve ruido de los sistemas de ventilación, el susurro de las hojas del rododendro, el brillo del sol reflejado en las ventanas del pasillo.

—Son... un montón de afirmaciones muy serias —dijo al fin.

Hwang empuñó el bulto manila con ambas manos.

—Le aseguro que todos los documentos están aquí, adecuadamente firmados. Las oficinas administrativas de la Unión Terrestre están preparadas para corroborar cada afirmación. Dadas las circunstancias, consideraron que era mejor que yo entregase las noticias primero, en persona.

—Timoratos, furtivos, medioviejos —gruñó Norma—. Sabían que si nos lo decían antes, nunca habríamos permitido que usted entrase.

Hwang casi sonrió.

—Probablemente. Mire, entiendo que esto debe ser duro. Para todos ustedes. Pero le ruego que entienda que yo no tomé la decisión y no tengo ningún poder para cambiarla. Estoy aquí sólo para...

—Husmear en nuestros asuntos —le cortó Nkiruka—. Estudiar nuestros registros médicos, buscarle tres pies al gato sobre si hemos tenido atención médica adecuada...

—Y sobre todo buscar pruebas para justificar la decisión de la Unión Terrestre —añadió Norma delicadamente—. Saben que están en terreno quebradizo y quieren que encuentre razones por las que los residentes de este hábitat no son aptos para gestionarlo. ¿No es cierto?

Hwang parecía incómodo.

Norma estuvo tentada de enviarlo de vuelta en su cápsula en aquel mismo instante, pero prevaleció la cordura. El Exosférico Hudson no estaba situado apropiadamente para lanzar una cápsula de vuelta a la Tierra y hubiese sido inhumano hacerle esperar en régimen de aislamiento hasta la próxima ventana de lanzamiento.

Norma suspiró.

—Bien, puede entrar, pero no espere que le concedamos acceso a nada privado. Examinaremos su documentación y se la devolveremos.

A una señal de Norma, los residentes del extremo más lejano de los mamparos abrieron el acceso. Hwang siguió a Norma a través del atestado pasillo, visiblemente inquieto al pasar junto a tantos cuerpos en el estrecho corredor.

—¿Y el corazón de Norma? —preguntó Akash—. ¿Sigue en la cápsula?

La incomodidad de Hwang aumentó.

Territorios por descubrir

—La Unión Terrestre no lo ha enviado —dijo tras una pausa embarazosa—. Pensaron que sería mejor que la operación se realizase en la estación espacial recreativa en la órbita inferior de la Tierra. Allí será más sencillo el tratamiento postoperatorio continuado, si hiciese falta.

A Norma le pareció que el tiempo se detenía por un instante antes de regresar lentamente a su ritmo normal.

—De todas las manipulaciones enfermizas —murmuró Nkiruka— han decidido tomar como rehén a tu corazón para asegurarse de que abandonas el hábitat.

Norma delegó en Akash para que llevase a Hwang a la cafetería y después, si quería desentumecerse, al gimnasio. Akash le dirigió una preocupada mirada de médico cuando se iban.

Tan pronto como estuvieron fuera de la vista, Norma se apoyó en la barandilla y dejó que sus pulmones jadeantes proveyesen las insistentes demandas de su corazón en busca de más oxígeno. A su lado, Nkiruka sujetaba el paquete Manila que había recogido de Hwang.

—Le llevaré esto a Maximilian. Si hay alguna laguna en el papeleo, él la encontrará.

—Dudo que encuentre nada —dijo Norma—. Quienquiera que esté detrás de esto se habrá asegurado de que todo es oficial y correcto. Probablemente hayan tenido preparado el papeleo desde hace meses, esperando la oportunidad adecuada para firmarlo.

La llegada de Hwang lo había cambiado todo. Norma esperaba que la Unión Terrestre revocase la Carta, pero supuso que habría comunicados protocolarios, una oportunidad para impugnar la decisión... No aquella notificación de desahucio propia de un Western.

Sintiéndose hundida, comprendió que de nuevo le habían adelantado por la derecha.

—Aún podemos pelear —dijo Nkiruka, sonando casi perversa en su determinación—. Apelaciones, litigios... —su voz se fue apagando mientras pensaba en ello. Cada recurso que presentasen les costaría tiempo.

Y el tiempo, justo ahora, era el enemigo de Norma.

Norma habría peleado igualmente y a la porra con su corazón y con quien quisiera convencerla de lo contrario, si creyese que el Exosférico Hudson podría ganar. Pero ella y los colonos estaban atrapados entre elecciones sin esperanza: rendirse o ser derrotados.

No es justo, pensó amargamente Norma. No es como debería haber sido. No quiero pelear y perder.

Necesito una forma de ganar.

Nkiruka apretó el paquete con fuerza, parecía que buscaba algo más que decir, se dio por vencida y se marchó a paso ligero.

Por fin sola, Norma se dirigió no a los muelles y las zonas comunes donde todos parecían estar congregándose, sino en dirección opuesta, hacia el nivel agrícola. La pendiente parecía tirar hacia atrás de sus pies mientras ascendía. Se bajó de la rampa, atravesó el cierre de humedad y entró en los campos de trigo.

Vasto podía ser un término sorprendentemente relativo, reflexionó Norma. Como en el resto de las áreas agrícolas de la colonia, aquí el trigo abarcaba la anchura total del anillo, casi cuatro metros de pared a pared y estaba cubierto por un techo enrejado de paneles semiopacos que apenas dejaban sitio para Norma. Pero el campo se extendía en ambas direcciones casi medio kilómetro, tan lejos que los tallos ondeantes se perdían de vista en la curvatura del anillo.

Las semillas maduras crujieron gratamente cuando Norma atravesó el lindero. La luz del sol, redirigida por un grupo de espejos exteriores, calentaba sus hombros a través de la cerámica.

¿Cómo sería, se preguntó, volver a caminar por el suelo terrestre? ¿Recorrer campos que se extendían más allá de la capacidad de visión de los ojos?

No valía la pena.

No tenía sentido autoengañarse. No habría alegres caminatas por campos bañados por el sol, ni atrevidas excursiones a lo alto de pronunciadas laderas montañosas; no cuando treinta años de vida en órbita habían reducido sus huesos a la mitad de su densidad anterior. La Tierra no tenía nada que ofrecerle, nada que ofrecer a nadie del Exosférico Hudson, excepto camas de hospital, bandejas de cena y macetas de begonias vistas a través de paneles de vidrio.

La mandíbula de Norma se tensó. Su cadera le dolía y empezaba a desear haber cogido a tiempo un bastón de la estantería de herramientas junto al cierre de humedad. A pesar de todo no iba a dar la vuelta.

Cinco minutos de ejercicio y estuvo en el borde del trigo. Más allá, los tomates y los pimientos brotaban en filas ordenadas, seguidos por la soja y las lechugas más allá. Aquí y allí, entre las líneas, los agricultores arrodillados metían sus dedos en el suelo húmedo, o inspeccionaban tallos en busca de signos de enfermedades, o medían los niveles de acidez. Norma los saludó a su paso, intercambiando alegres chanzas que, en aquel día de de incertidumbre, eran tan fingidas por parte de ellos como de ella.

Norma estaba orgullosa de la colonia. Estaba especialmente orgullosa del sistema biorregenerativo. El Exosférico Hudson reponía su propio aire, reciclaba los residuos en biomasa, producía su propia comida... hacía décadas que no necesitaban suplementos de la Tierra.

Porque, por supuesto, el Exosférico Hudson siempre había sido concebido como un viaje sólo de ida. Ésa era una de las razones por las que originalmente habían restringido la residencia a postoctogenarios. Arrastrar aquella maravilla de la autosuficiencia hasta la sofocante gravedad de la Tierra parecía la más abyecta de las traiciones.

Y sin embargo, ¿qué podía hacer sino? Norma podría dar largas a la Unión Terrestre durante un mes, o quizá un año. Pero estaban fuera de juego en aquel teatrillo político, como sus oponentes ya habían demostrado dos veces.

Suponía que podía rehusar acatar el edicto de la Unión Terrestre. Pero sólo conduciría a que fuerzas de pacificación asaltasen el hábitat y forzasen a los residentes a abandonarlo.

Ahora estaba en medio de la soja. En la pacífica calidez del bioma, Norma imaginó que podía escuchar las hormigas cosechadoras escarbando suavemente mientras atravesaban tallos frescos y delicadas flores blancas. Algo se deslizó entre las hileras. Norma vislumbró un robusto carapacho de una pulgada de tamaño y sonrió.

Cuando se acercaba al siguiente cierre de humedad, para su sorpresa, se encontró con que Akash y Hwang venían desde la otra dirección.

—Sí —estaba diciendo Hwang—, pero ¿*cucarachas*?

—Son resistentes, nutritivas y se reproducen fácilmente —intervino Norma como saludo—. Y se han vuelto a colar desde el bioma tropical. Pierre se va a enfurecer.

—¿Tú también has visto otra? —El alivio de Akash era evidente—. Entonces no fuimos el señor Hwang y yo los que las dejamos pasar por el cierre de humedad. O al menos —se corrigió— no los *únicos*.

—¿Dando un paseo por el hábitat? —preguntó Norma forzándose a ser educada. No deseaba conversar con Hwang, pero se recordó a sí misma con firmeza que *él* no era más que un peón en aquella lucha por el poder, igual que el resto de ellos.

—Sí. Akash dijo que al jurista local le llevaría un rato terminar de revisar los documentos, así que solicité dar una vuelta. Lo confieso, el Exosférico Hudson no... se parece en nada a lo que esperaba.

—La mayoría de las cosas no lo son, una vez que las observas de cerca.

Hwang asintió con la cabeza.

—Yo... espero que lo entienda. Fui asignado a esta investigación porque la Unión Terrestre necesitaba de mis habilidades particulares. No lo solicité. Y no lo apruebo necesariamente. —Hizo una pausa y su tono se volvió más firme—. Pero lo *llevaré a cabo*.

Norma suspiró.

—Nadie espera otra cosa de usted. —Norma miró de soslayo—. ¿Está obligado a informar de sus conversaciones privadas a sus superiores?

—¿Bromea? En la Unión Terrestre, si algo no está por escrito, no existe.

Norma se rió entre dientes.

—Tomaré eso como un «no».

Acompañó a Hwang y Akash de regreso por la ruta por la que había venido. Hwang examinó todo, los cultivos, el suelo, los sistemas de ventilación, el enrejado superior, con el aspecto de un hombre que esperaba entrar en una celda policial y en cambio se vio en medio de un jardín.

Su asombro no la sorprendió. Los hábitats espaciales tenían reputación de estructuras metálicas, estériles, pero el Exosférico Hudson estaba dominado por lo orgánico. Dos tercios del espacio libre estaba dedicado a la biorregeneración y en las zonas residenciales la madera y el papel pintado eran mucho más prácticos como revestimientos que el acero, dado los costes de transportar materiales pesados desde la Tierra.

—¿Sabe lo que me convenció para unirme a la colonia? —dijo Akash coloquialmente. Abarcó con su mano los campos de cultivos—. Esto. Las plantas. Los planos de ingeniería eran interesantes, pero las estimaciones de biomasa... Cuando vi que los hombres podían vivir desconectados del sustento que el ascensor espacial enviaba de la Tierra... Entonces fue cuando supe que debía venir al espacio.

—Interesante elección de palabras —dijo Hwang tranquilamente—. Porque es el ascensor espacial lo que les encadena. Si no fuese tan fácil subir cargamentos aquí arriba, nadie en la Tierra podría permitirse hacer cumplir la orden de evacuación.

Norma se detuvo.

—Akash —dijo lentamente—. ¿Cuán lejos puede subir cargas el ascensor?

Akash se encogió de hombros.

—El plan original era lanzar cargamentos hasta Marte. Pero la financiación desapareció y el proyecto quedó incompleto.

—Es lo que recuerdo, también. Dada la actual longitud y velocidad del ascensor...

Norma dirigió una mirada a Hwang. ¿Era prudente tratar aquello delante de él?

Demasiado tarde. Él ya había captado el curso de sus pensamientos.

—El Exosférico Hudson marca el límite de su alcance —dijo él con expresión ilusionada—. Al menos para cargas de un peso significativo.

—Akash, —dijo Norma con apremio— este hábitat tiene almacenadas más de cinco toneladas de combustible. En lugar de usarlo para acercarnos a la órbita próxima a la Tierra, *alejémonos*.

—¿Al punto de Lagrange entre la Tierra y la Luna?

—¿Por qué no? Hubiésemos construido la estación ahí originalmente si hubiésemos sabido cómo llevar los materiales tan lejos. Mejor acceso a asteroides, y a la luna

Territorios por descubrir

también, algún día.

—Norma... no funcionará. El ascensor espacial no es la única forma de lanzar una fuerza armada a una órbita superior.

Norma hizo un gesto de menosprecio con la mano.

—Lo sé, lo sé... Pero, si usamos la mayor parte de nuestro combustible para alejarnos, ¿cómo van a *bajamos* de nuevo? Y podemos emplear enlaces electromagnéticos para mantenernos en posición allí.

—No es correcto —dijo Hwang de repente. Dio un respingo cuando Norma y Akash le miraron fijamente a la vez—. La magnetosfera terrestre es demasiado débil en las órbitas L4/L5. No obtendrán suficiente sujeción para ajustar la órbita.

—Estaba pensando en la órbita L1, en el punto de equilibrio gravitatorio entre la Tierra y la Luna —dijo Norma. Su mirada escrutadora sobre Hwang se intensificó—. Pero fue un comentario muy astuto.

Hwang se encogió de hombros.

—La Unión Terrestre quiso como requisito para asignar este trabajo que esa persona tuviese una formación básica en astrodinámica.

—Hm —Norma comenzó, muy a su pesar, a mejorar la opinión sobre su huésped no deseado.

Akash fue levantando dedos con nuevas objeciones.

—No habrá forma de construir nuevos paneles solares, no tenemos capacidad para fabricar chip de silicio, no tendremos ayuda si colisionamos con un asteroide.

—Sin terremotos, sin tsunamis, sin inundaciones... —Norma sonrió con ironía—. Las catástrofes naturales suceden en todas partes. Nuestros riesgos no son mucho peores que el de cualquier otro domicilio. Podemos extraer silicatos de asteroides que pasen; también carbono. En los próximos años, por lo menos uno o dos pasarán lo suficientemente cerca para que lo intercepte el gancho.

Hwang asintió con entusiasmo.

—Y los enlaces pueden proporcionar energía adicional cuando no estén siendo usados para ajustar la órbita. —Dudó, pareciendo recordar su misión oficial, y miró a la Tierra—. Hum. No estoy apoyando esta idea, ni nada por el estilo.

Norma asintió dando su visto bueno.

—Y si alguien viene a por nosotros, saldremos de órbita y nos catapultaremos más allá de la Luna.

—No es... la peor idea que has tenido —dijo Akash diplomáticamente.

—Es una pura genialidad y los sabes. Además... —la voz de Norma se suavizó—. No tenemos otro sitio donde ir.

—La estación espacial recreativa en la órbita inferior terrestre...

Territorios por descubrir

—No tiene capacidad para acogernos a todos. La mayoría de nuestra gente acabaría en la Tierra. En sillas de ruedas.

Por la expresión afligida de Akash, supo que coincidía con su análisis.

—Supongo —dijo él finalmente—, que sólo resta el asunto de tu corazón.

Un silencio incómodo cayó sobre el trio.

—Mi corazón... —dijo Norma lentamente—... se cuidará por sí mismo. O no. La colonia es más importante.

Se detuvo en busca de aliento.

—Señor Hwang. El Exosférico Hudson le dará acceso a nuestros registros médicos, nuestro personal, lo que necesite para completar su investigación. Sin embargo, lo que decidamos hacer después de que abandone el hábitat es asunto nuestro.

Hwang asintió, visiblemente más cómodo que cuando había abordado el anillo residencial.

Norma perdió el aliento durante la larga caminata de vuelta a las zonas habitadas, durante la cual ella y los demás se burlaron, siguieron y casi pisaron a tres cucarachas. Cuando se acercaron a la rampa del hábitat, Akash se adelantó para cogerle un bastón.

Norma contempló el castaño bruñido del mango del bastón que le ofrecía la mano de Akash. Siempre había temido las muletas. Siempre temió que aceptar ayuda fuese perder una parte de sí misma.

Quizá, pensó mientras extendía una palma nudosa para aceptar el regalo, no era necesariamente así.

En su lugar, quizá pudiese encontrar una parte de sí misma.

Norma convocó una votación, por supuesto. Los residentes de la colonia calificaron su plan desde una absoluta locura hasta de una brillantez total, pero cuando finalmente se recomptaron los votos, aunque casi un cuarto de la colonia se abstuvo, no hubo ni un solo voto en contra.

Para cuando ella y Maximilian hubieron completado el texto de la secesión formal del Exosférico Hudson de la Unión Terrestre, Hwang había terminado sus pesquisas oficiales. El bastón de Norma golpeaba el parquet mientras lo escoltaba de vuelta a su módulo de Transporte Humano.

—El trato que recibirá al volver no será agradable —dijo ella—. Mis disculpas por ello. Confío en que la Unión Terrestre comprenderá que no había forma de que nos hubiese podido detener.

—He estado en peores situaciones —dijo Hwang secamente—. ¿Alguna noticia de

su corazón mecánico?

Norma dudó. ¿Debería contárselo? Parecía tan esperanzado...

—No habrá ningún corazón, Joseph —dijo lentamente—. La Unión Terrestre ha proclamado un embargo comercial dos horas después de que nos independizamos. Las empresas terrestres ya no están autorizadas a enviarnos suministros.

A Hwang pareció cogerle por sorpresa.

—Eso... parece demasiado drástico.

—Temen que otras instalaciones orbitales puedan seguir nuestro ejemplo.

—Ah. —La angustia de Hwang aumentó—. Hay, hum... sitio para uno más en este módulo de transporte.

—No —dijo Norma apaciblemente—. No lo hay.

Hwang miró confuso la cápsula, que estaba equipada para un máximo de tres pasajeros. Tras quedarse en blanco un instante, creyó entender lo que decía.

Su alma no podía apretujarse en el interior de aquella cápsula, ni en ninguna de las lujosas sillas de ruedas que la esperaban en la Tierra. Algo se le rompería si lo intentaba.

Hwang lo aceptó con un asentimiento. Introdujo sus piernas en la cápsula y miró una vez más hacia el pasillo.

—Voy a extrañar este lugar. Para ser sincero, si no tuviese esposa e hijos en casa... bueno... Han construido una hermosa estación aquí arriba. Todos ustedes tienen derecho a estar orgullosos de ella.

Desapareció por la apertura. Norma abandonó el bastón lo suficiente para ayudar a sellar la cápsula desde el exterior y golpear el casco como despedida. Apoyada de nuevo, observó con una sensación en el estómago, extraña y desconocida, cómo dos equipos de residentes cerraban la esclusa.

El suelo retumbó; la puerta exterior se abrió. La cápsula de Hwang apareció a la vista tras los ventanales. Retrocedía rápidamente, arrojada hacia la Tierra por la rotación del hábitat.

—Todas las lecturas correctas —la voz de Hwang llegó a la radio metálica proveniente de su equipo de comunicaciones—. Iniciaré la secuencia de ignición hacia la Tierra una vez que estén de camino.

Norma asintió. En cosa de minutos sintió la leve vibración de los mecanismos de propulsión de la estación que comenzaba el lento y laborioso proceso de expandir su órbita. La cápsula de Hwang, ya demasiado pequeña para ser visible, encendió sus propulsores como saludo final.

En el planeta bajo ellos, la Aurora Austral cobró vida en el viento solar. Algo más cerca de él, pero demasiado fino para verlo, culebreaba el ascensor espacial. Y mucho

Territorios por descubrir

más por debajo de ambos, en medio del bullicio y las luces del lado oscuro del globo, un montón de políticos de miras estrechas se estaban llevando una sorpresa.

Norma sonrió tristemente. En un arrebato, apretó el pulsador de pared que activaba las comunicaciones.

—¿Señor Hwang? Póngase en contacto con nosotros dentro de unas décadas. Puede que tengamos vacantes para inmigrantes.

Una carcajada crepitó en el altavoz.

—Lo haré. ¿Algún último mensaje para la Tierra? ¿Algo que deba comunicar a sus familias, quizás?

—Sí —dijo Norma—. Dígales... —vaciló, buscando las palabras adecuadas—. Dígales que no tenemos miedo de morir. No, más que eso: no tenemos miedo de *vivir*.

© Nancy Fulda

© de la traducción J.A. Menéndez

NANCY FULDA ha sido nominada a los premios Hugo y Nebula. Es ganadora del premio Phobos y el Vera Hinckley Mayhew Award recipient. Es la primera mujer (y hasta ahora la única) en recibir el Premio Jim Baen Memorial. Su historia corta Movement recibió recientemente el premio Elegido por los Lectores de la Asimov's Science Fiction Magazine.

FÉNIX

Por Cat Rambo

Traducción: Irene Maseda Martín

¿Qué se puede hacer cuando después de haber alcanzado muchos logros en la vida, todo se desvanece en un momento? ¿Cómo recuperar aquello que se ha perdido? ¿Qué hacer cuando la familia no es la que uno ha creído siempre? estas y otras tantas interrogantes son contestadas por Cat Rambo en una historia donde la intriga, los giros y las sospechas se entremezclan hábilmente sin cesar y en donde lo que menos abundan son al certezas.

La mayoría de la gente se refería a ella como Fénix. Su antigua ción solía llamarla «capitana», y con el paso del tiempo, «señora». Rubi y Ada la llamaban «madre» y «abuela» respectivamente. Tenía el cabello plateado, no blanco, sino de un color puro y metálico. Lo llevaba largo y contrastaba con su piel de un azul pálido, del color de las sombras sobre un bosque de sauces. A pesar de haber vivido ya más de un siglo, por no mencionar las décadas de su vida pirata, parecía mantenerse siempre joven.

Decían que en sus tiempos había sido la mejor al volante de los aerodeslizadores. Se la consideraba incluso la mejor piloto de naves de guerra que había existido nunca. Sin embargo, eso ocurrió hace mucho tiempo, antes de que sus padres y su hermana fueran asesinados y ella se convirtiera en una rebelde.

Decían que había cometido actos terribles en sus días como pirata. Que había sido despiadada durante su ascenso al poder, llegada desde Dios sabe dónde, un lugar del que nunca había hablado a nadie, ni siquiera a su propia hija. Había matado a algunos capitanes y se había acostado con otros. Había echado mano de ciertas influencias, había manipulado y traicionado. Se había hecho con el poder por la fuerza, con una eficiencia brutal que todavía subyacía tras el gobierno que construyó junto a Mukopadhyay: un gobierno en apariencia pacífico, disciplinado y sujeto a ciertas normas.

Decían que había matado a cientos, quizás a miles de personas. A veces desde lejos, otras veces desde cerca, con un cuchillo o con sus propias manos. Decían que había matado a un miembro de la tripulación cuando el trasbordador en el que se encontraba requería un aligeramiento de peso. El hombre ni siquiera rechistó. Tan solo asintió y entró en la esclusa de aire. No dijo nada tras cerrarse la puerta. Clavó los ojos en su capitana mientras esta le devolvía la mirada.

Decían que el tiempo la había ablandado.

Decían que trabajar con Mukopadhyay, aunque estaba loco como un cometa sin rumbo, la había ablandado.

Decían que ayudar a colonizar un planeta entero, instaurar su propio gobierno y

la rica y compleja estructura de poder llamada Shiva que ahora se imponía en el sistema solar la habían ablandado.

Por no mencionar la maternidad, decían, un cambio al que no escapaba ninguna mujer embarazada. Altera las hormonas, te suaviza. Te hace menos impulsiva, menos severa. Se lleva todo rastro de acritud. Y ya no hablemos de la locura hormonal, de la que, al fin y al cabo, hay mujeres que nunca se recuperan.

Está claro que te cambia para bien, decían, aunque no parecían estar muy seguros.

Decían que ahora ya no volvería a hacer ese tipo de cosas.

Fénix soltó la cortina, que cayó de nuevo en su sitio. El terciopelo azul apenas hizo ruido. Una luz blanca procedente de una farola de la calle le había iluminado la cara al mirar por la ventana. El rayo se extinguió tan deprisa como una vela en la penumbra del espacioso vestidor.

—Qué mal tiempo hace, para variar. No sé por qué elegimos esta época del año para el Día de Fundación —comentó.

Iba vestida con una armadura decorada con brocados y joyas incrustadas en el cuello y el dobladillo del traje, cristales azul cobalto sujetos con una redecilla tejida con trenzas de hilo de oro. A estos adornos tan extravagantes se les sumaban los pendientes, que recorrían brillantes el arco de la oreja desde el lóbulo hasta el puntiagudo pico superior.

Gareth sospechaba que aquella mujer no mostraba su verdadera apariencia. Se presentaba como una criatura de cristal azul y líneas plateadas. En su frente se hab



ía implantado unas antenas de mariposa que muy pocos habían visto, pues la mayoría del tiempo las disimulaba a modo de cejas. Sin embargo, las extendía para examinar el aire siempre que lo deseaba.

Era su amante más reciente. Esta condición de «consorte en prácticas» constituía la única razón por la que se le permitía la entrada a su dormitorio y ser partícipe de

esos momentos en los que la seda plateada se mezclaba con el brillo de su pelo.

Al observarla ahora, con esa férrea actitud autoritaria que transmitía, recordar esas escenas no le resultaba tarea fácil. Por eso le chocó tanto cuando se acercó a él,

Territorios por descubrir

se inclinó sobre los pies de la cama, donde estaba sentado poniéndose las botas, y acarició su frente con los labios. ¿Cómo podía existir una mujer tan cambiante?

Solo llevaban juntos algo más de un mes y todavía intentaba predecir sus estados de ánimo. Sin embargo, nunca antes la había visto así, con ese aire beligerante, como una fuerza interior que brillaba cual llama atrapada en el hielo.

—¿Tienes ganas de que llegue el desfile? —se aventuró a preguntar.

Ella se pasó sus delgadas manos por el pelo para peinarse. Sus uñas también estaban pintadas de plateado.

Recordó esas uñas fuertes contra su espalda y no tuvo más remedio que morderse el labio para intentar contener su excitación.

Como si le hubiese leído la mente, la mujer lanzó una sonrisa. Una pequeña gema dorada asomaba incrustada en uno de sus incisivos. Un leve destello que, de alguna manera, potenciaba el azul de sus ojos. Un resplandor azul que iluminaba su fino rostro. Decían que era muy vieja, pero a él nunca se lo había parecido. Quizás más adulta. Más experimentada desde luego, pero eso no suponía más ningún problema, siempre y cuando compartiera esa experiencia tanto dentro como fuera de la cama.

—Los desfiles me aburren, pero no debemos subestimar su importancia. A los ciudadanos les gusta ver cómo sus líderes les sonríen, pero prefieren un día festivo en el que celebrarlo —contestó ella.

Le hablaba como si le estuviera explicando la lección. Él asintió, quería que ella supiera que lo estaba memorizando todo.

Entonces pensó, «no quiere a un sirviente como pareja. Nunca llegaré a ser algo más para ella que un calentacamas si solo sé darle la razón».

Así que dijo:

—Has subido los impuestos. ¿No te preocupan las protestas?

Los ojos de la mujer examinaron su expresión de arriba a abajo. Una sonrisa se dibujaba delicada en el extremo de su boca.

Ella también quiso desafiarle.

—Pero la subida de impuestos es muy pequeña, menos de medio punto porcentual, y solo en bienes especializados.

Ahora él hablaba con más confianza.

—Productos de lujo. El tipo de productos que necesitan nuestros comerciantes para vender por un alto precio a los turistas, que nos aportan más de seiscientos millones de créditos de la Unión al año solar.

—Bien —respondió la mujer.

Él se ruborizó por el cumplido que acababa de recibir y, entonces, las palabras

que siguieron le pillaron de sorpresa.

—Sin embargo, has pasado por alto la forma de actuar que tiene esta gente. No protestarán en público.

Se alisó las mangas y revisó su aspecto mientras se encaminaba hacia la puerta.

El hombre se puso de pie.

—¿No lo harán? —preguntó con indecisión—. Pero actuarán de todas formas.

—Por supuesto que sí. Ya lo han intentado con emisarios, sobornos y amenazas, pero su siguiente paso no será una protesta.

Se paró en el umbral de la puerta y le dirigió la mirada.

Él asintió de manera casi imperceptible.

—¿Cuál será su próximo movimiento? —preguntó.

—Un intento de asesinato, por supuesto.

La siguió por el pasillo, con dificultades tanto para alcanzarla como para respirar. No caminaba como un soldado, pero las zancadas de sus largas piernas recorrían las distancias con una velocidad frenética.

—¿Crees que cometerán un asesinato? —logró formular exhausto.

—Un intento. No te hagas el sorprendido, ya te he hablado de ello en otras ocasiones. Por esa razón llevamos armas de fuego y otros tipos de protección. Además, los guardaespaldas nos acompañarán en el vuelo. Se han tomado varias medidas de seguridad; los policías han despejado los tejados y revisado los edificios abandonados. De todas formas, todo esto solo sirve para ponérselo más complicado, no imposible.

Luci, la secretaria, se aproximaba por el pasillo. Traía consigo la cartera de Fénix.

Sí, había sido entrenado para este tipo de cosas, incluso se había visto sometido a varios exámenes. Todo eso ahora parecía carecer de importancia, al igual que toda su vida antes de conocerla. Así era Fénix. De alguna forma, más real que cualquiera a su alrededor. Más grandiosa que la vida misma. Un cuadro de trazos firmes que no puedes dejar de mirar.

Salió al exterior acompañada por sus guardaespaldas, vestidos con sobrias armaduras de color gris. Las calles se teñían del tono sombrío de la luz matutina, el brillo de los edificios se extinguía a medida que las luces azules de la calle se iban apagando, lo que impedía ver más allá de lo que la niebla dejaba adivinar. La nave, de color azul cobalto y plateado, se abría por la parte superior. Un escudo invisible protegía la tapicería de cuero azul de la lluvia y la mantenía seca. Entró y sus guardaespaldas detrás de ella. Hubo revuelo durante un minuto hasta que consiguieron colocarse. Gareth se apresuró a sentarse a su lado.

Ella dejó escapar una breve sonrisa, pero él sabía que su mente estaba en otra

Territorios por descubrir

parte. Estaba examinando las calles, mirando hacia donde deberían dirigirse en unos momentos para el desfile.

Esos edificios, debido a su antigüedad, no se encontraban en muy buenas condiciones. Sin ir mas lejos, habían salido de la que era la tercera construcción más antigua tras haberse conquistado el planeta, hacía medio siglo.

Expuestos al aire y al humo de la ciudad, los ladrillos de color crema se habían descolorido y, recorridos por una maraña de hilos verdes, habían adoptado un insulso tono marrón. Necesitarían una limpieza con un chorro de arena para recuperarse.

Estaba seguro de que Fénix podría decirle sin ningún problema cuánto costaría, de dónde provendrían los fondos, quién proveería los materiales y a quién habría que convencer para que prestara el dinero o financiara el proyecto.

Fénix estaba concentrada en otros asuntos. Se dio la vuelta para hablar con Luci cuando esta le ofreció un plato con aperitivos y agua.

El avión se tambaleó y ambos miraron hacia el bullicio del desfile, aunque no sin que antes Gareth la observara una vez más. Su perfil se asemejaba al de una moneda, el azul pálido contrastaba con el cielo plateado y el brillo del escudo protector. Sintió una oleada de admiración.

Sin embargo, a ella no le importaba demasiado si él estaba allí o no. Durante el desfile, estaría buscando a...

...su hija, que solía asistir a este tipo de acontecimientos, pensó Fénix. Echaba de menos a Ruby. Pero la niña (si todavía podía llamarla así, pues su hija ya rozaba los setenta) le había mandado una nota donde decía que lo sentía pero que esta vez no le quedaba otra que perderse el Día de Fundación.

Fénix no la culpaba. Ella misma habría preferido un viaje extra planetario de negocios a un complejo turístico orientado al placer y famoso por sus lujos sibaritas y sus radiantes primaveras antes que un acontecimiento en el que no había más que lluvia, discursos y pedantería, y que seguía la misma coreografía y los mismos rituales desde hacía décadas.

No era por falta de personal o de compañía. Gareth se estaba portando bien esta vez. Quizás más dulce y menos asertivo de lo que a ella le hubiese gustado. Más dubitativo.



No obstante, se encontraba rodeada de negociaciones, cheques, balances, ecuaciones y reglas. Lo habitual en esas circunstancias. Un hombre atrevido te irritaría si actuara antes de pensar, mientras que su compañero el tímido no pararía de hacer preguntas antes de proceder.

El desfile se había convertido en un alboroto gracias al murmullo de la multitud, los gritos de los vendedores, el estridente sonido de la banda y el retumbar de los tambores. Desde esa distancia podía ver marchar a la escuadrilla, los individuos con los cascos naranjas del color del sol y las polainas blancas destellantes a través de la lluvia. Pasó el último de los soldados y la aeronave se posicionó detrás de ellos salpicando agua en todas direcciones.

Otro grupo venía por detrás: un cantante emitía gemidos agudos y nasales, otros músicos a su alrededor tocaban las castañuelas y la flauta. Se mantuvieron detrás, como les habían ordenado. Ella se cercioró de que uno de los guardaespaldas fuera delante y el otro detrás, como les habían enseñado. Una valla contenía a la muchedumbre de ambos lados para que nadie saliera disparado hacia el vehículo como había ocurrido ocho años atrás.

Ruby había hecho lo que había podido para dejarlo todo organizado antes de partir. Puede que Fénix se metiera con Ruby por haber abandonado el deber y haberse ido a un casino tan maravilloso como el planeta que lo albergaba, pero tenía que admitir que Ruby había hecho sus tareas a la perfección.

La trayectoria del desfile no alcanzaba el kilómetro. Una pequeña ceremonia tendría lugar en la Casa del Estado. Quizás la lluvia hubiera parado para entonces, pero no parecía muy probable. Ese sería el momento más peligroso, el de máxima exposición. Sería entonces cuando los comerciantes darían el paso. Se trataba más de una declaración que de un verdadero intento de asesinato. Un aviso de que Fénix debería tomarse el asunto con tanta seriedad como lo estaban haciendo ellos, pero aún así siempre existía la posibilidad de morir en estas situaciones si no se tomaban las precauciones adecuadas.

Después de que todo pasara, todavía podría ir a casa y leerle un cuento de buenas noches a su nieta de ocho años, Ada.

Repasó el discurso mentalmente. Por eso casi no percibió a tiempo el rayo de luz que la apuntaba. Sintió una punzada de dolor en el diente, un pinchazo que le garantizaba captar su interés sin distraerla.

Un subidón de adrenalina.

Su cerebro lleno de energía.

El tiempo se ralentizó. Las gotas de lluvia se convirtieron en esferas flotantes a su alrededor, globos en los que se reflejaba a la perfección la escena que estaba teniendo lugar en la calle. Todo caras de asombro menos una que escrutaba con atención lo que sucedía.

Fénix levantó la mano y le disparó. Con la otra mano disparó a la carga de energ-

ía que se dirigía hacia ella sin pararse a pensar en cómo se esparcirían sus fragmentos, consciente tan solo de que el rayo no debía alcanzarlos y detonar. La gente gritaba, pero el momento parecía estar transcurriendo a cámara lenta de tal manera que todos los sonidos quedaban deformados, como si estuvieran sumergidos en el agua.

Gareth se giró con la confusión reflejada en el rostro. No había tiempo que perder. Había llegado la hora de poner en práctica las disciplinas aprendidas en los entrenamientos.

Otro escrutinio de la multitud. ¿Había más asesinos al acecho? Plan B. Ella siempre tendría un plan B. No existía plan infalible que no necesitara de un plan de emergencia. ¿Allí? No. ¿Allí? Sí. El siguiente disparo sobresaltó a los espectadores, que observaron mientras el segundo asesino caía.

Al menos la ceremonia no durará tanto como de costumbre, pensó.

Estaba en lo cierto. Tardaron menos en deshacerse de los cuerpos y dispersar a la multitud de lo que habría durado la ceremonia. Fénix le pidió explicaciones a su segundo, un hombre esbelto y de ojos cansados llamado Tam, pero este no las tenía. Su investigación no había encontrado nada.

Se encontraban en el palacio, el edificio más antiguo y seguro del planeta. No hablaba muy bien de Mukopadhyay, que en paz descansa, que construyese esa estructura en primer lugar. Contaba con trabajadores domésticos, cocineros y servicios de seguridad. Aún así, se podían distinguir escenas y rincones de tal majestuosidad que Gareth lo habría encontrado vergonzoso hasta el punto de haber querido que el edificio desapareciera.

Lo que Fénix pensaba de ello, se lo guardaba para sí misma. Había pasado muchas noches en sus suites reales. Incluso durante aquellos días en los que había estado luchando en el espacio mientras Mukopadhyay mantenía el mundo en orden y le mandaba los suministros necesarios para hacer que la Unión renunciase y les reconocieran el derecho, a ella y a sus compañeros piratas, de instaurar su propio mundo.

Gareth estaba convencido que Tam había compartido aquellos tiempos y lo envidiaba por ello. Tam sabría cómo quería Fénix que la trataran ahora. Si prefería diligencia o ternura, o si recordarle lo que había pasado era la peor idea del mundo.

La puerta se abrió de golpe. Todo el mundo se puso tenso o se giró para ver de quién se trataba, o ambas cosas. Ruby apareció en la puerta. Su pelo, del color de su nombre, ondeaba a su alrededor como un cometa. Vestía un uniforme con colores a juego, de tonos naranjas, rojizos y amarillos. Se apresuró hacia delante con los brazos abiertos.

—¡Mamá! ¿Estás bien?

Fénix soportó que su hija la abrazara e incluso le devolvió el abrazo, un gesto muy poco común en ella. Solía librarse de los ademanes que no aguantaba de los demás. Las demostraciones de afecto se quedaban dentro de la habitación, pero en público nunca se le ocurriría besar a Gareth, ni siquiera rozarle la piel.

Gareth vio por un momento cómo los mechones rojos del pelo de Ruby se mezclaban con los plateados de Fénix, al igual que la sangre que se desliza por un cuchillo. Aquella imagen fue un juego de luces que, de alguna manera, le puso los pelos de punta.

Ruby le estaba pidiendo a Fénix que regresara a casa, donde se encontraría a salvo.

Gareth, que las había estado observando, sacudió la cabeza decepcionado. Fénix se dio cuenta, así que se giró para preguntarle:

—¿Por qué no?

—No puedes dejar que te intimiden y ceder. Dijiste que los comerciantes actuarían. ¿No sería mejor no mostrar el más mínimo rasgo de preocupación por el atentado?

Asintió lentamente.

—Suena razonable.

—¡De ninguna manera! —exclamó Ruby mientras le dedicaba a Gareth una mirada llena de rabia—. No tienes ni idea de lo preocupada que estaba. Necesitas ir a algún lugar en el que te encuentres a salvo.

Se acercó a su madre.

Por encima de sus hombros, los ojos de Fénix se encontraron con los de Gareth. Se encogió de hombros con sutileza y arqueó las cejas para mostrar su resignación. Le seguiría la corriente a su hija, como llevaba haciendo toda la vida.

Contuvo su propia furia, pues Ruby era su hija y él solo su nueva adquisición. No había razón para pensar que se pondría de su parte por encima de la insistencia de su hija. Se dio la vuelta y miró a la pantalla tridimensional de la pared. Una representación de Fénix y Mukopadhyay cuando aterrizaron en este planeta por primera vez. Por aquel entonces se llamaba X-109-E2 15. Llevaban varios años buscando un sistema adecuado, un lugar donde los botines de los piratas se pudieran utilizar para construir algo. Algo que pudieran gobernar.

Fénix y Ruby prepararon con Luci el viaje a casa.

Había tenido que ser duro con la muerte de Mukopadhyay el año pasado. Gobernar sola, a pesar de ser una mujer independiente. ¿Qué le habría pasado para que adoptara siempre esa actitud resentida, a la defensiva?

¿Cuánto tiempo había vivido? ¿Permitiría en algún momento coger el relevo a Ruby o su nieta Ada (de las que guardaba una foto en un antiguo medallón, la única

joya que llevaba Fénix)? ¿Aceptaría que gobernaran en su lugar? ¿Iniciar un linaje? Un gobierno hereditario que Fénix y Mukopadhyay habían puesto en funcionamiento y del que el difunto sin hijos ya no formaba parte.

Fénix extendió la mano para llamarlo, como si se tratara de una mascota o de un sirviente. Él debería de haberse molestado, quizás le querría más si mostraba ese tipo de fuego interno. Sin embargo, como siempre, el deseo de complacerla resultó más fuerte que cualquier otra pretensión. ¿Cómo podía tenerlo tan controlado?

No lo sabía.

Él ni siquiera recordaba cómo se habían conocido.

La casa de Fénix solo se utilizaba en idas y venidas poco usuales. Al llegar, la escolta habitual se vio aumentada por los guardias de Ruby. Puesto que la hija de Fénix había decidido sumarse a la fiesta, no tenía pensado dejar fuera a la seguridad.

A Gareth le habían dicho que esta constituía la fortaleza más segura del planeta. Se lo creía, pero la ubicación del paradero le ponía los pelos de punto, aunque no tenía pensado admitirlo. Bajo el agua, enterrados en roca volcánica. Muy por encima había una gran zona de piedra resbaladiza, una inmensa alfombra de algas y los preciados moluscos. Sus excrementos descenderían hasta llegar al repertorio de moldes que les darian forma y lanzarían la sustancia endurecida sobre los ladrillos blancos y verdes, de los que muchos edificios de este planeta estaban contruidos. Escurridizos y suaves al tacto, capaces de absorber la luz y el calor.

También tenían propiedades de aislamiento psicológico y por eso la fortaleza excavada en la roca albergaba tantas habitaciones, incluso el dormitorio de Fénix. Una estancia nervada como una concha marina, de cuya pared colgaba un espejo arqueado con flores grabadas en el marco. Justo enfrente descansaba la magnífica cama, donde él había intentado demostrarle a Fénix lo que valía en más de una ocasión, siempre marchándose con las mismas dudas y esperanzas.

Esta noche otra vez más. Las mismas reflexiones después de escuchar el susurro de su aliento y los suspiros de satisfacción.

Ruidos imaginarios, el crujido de las paredes que cedían ante la presión del agua, un torrente de líquido que invadía el cuarto. Sabía que no podía ocurrir nada parecido. Había mecanismos de seguridad.

Entonces, ¿por qué le atormentaba tanto la idea?

Perdido en sus pensamientos, casi pasó por alto el distante sonido de un disparo, pero a este lo siguieron muchos más que lo sacaron de la cama. Sacudió a Fénix por los hombros.

Se despertó tan deprisa como un gato, parándose a escuchar antes de preguntar:

—¿Sabes algo de lo que está pasando?

Se quedó estupefacto. Sabía lo que Fénix quería decir con esa pregunta.

—¡Nada! ¿Crees que pueden haber sido los comerciantes de nuevo?

Ella ya estaba rebuscando entre los cajones y cargando las armas. Le lanzó una pistola y un cinturón de dardos.

—Date prisa. Iré a por Ruby, tú ve por delante.

Presionó una combinación de rosas del marco del espejo y con un siseo la oscura boca de un túnel quedó al descubierto.

—¿A dónde lleva eso? —preguntó Gareth.

—A un lugar en el que la gente no te disparará.

Aún así, había algo en aquella oscuridad que le hacía resistirse.

—¿No sería mejor plantarles cara?

—¿A pesar de no saber quiénes o cuántos son? ¿O qué quieren?

Sus ojos revelaban que tenía una ligera idea acerca de esto último.

La puerta de la habitación se abrió y apareció Ruby.

—Bien —dijo Fénix—. Estaba apunto de ir a buscarte. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué prisa hay? —preguntó Ruby con la voz tensa por la emoción y el entusiasmo contenidos. El tono desconcertó a Gareth, como el hecho de que llevaba puesta su armadura, a diferencia de ellos. Se fijó en sus soldados con sus armas apuntando a Fénix, que permanecía de pie como una columna, sin ninguna expresión reflejada en el rostro.

Ruby y ella se miraron a los ojos. Ignoraban a los demás, como si no existiera nadie en la habitación. Aquel instante parecía haber quedado suspendido en el aire.

Vio temblar el labio de Fénix, un simple movimiento.

Ruby también lo vio.

—Ahhhhhhhhh —exclamó, manifestando la satisfacción obtenida tras años de espera—. Ahí está.

Se echó a un lado y los soldados entraron para desarmar a Fénix y Gareth.

Ruby los separó. En teoría, Fénix hubiese estado de acuerdo, pues ella en su lugar habría hecho exactamente lo mismo: separar a los aliados. De esa forma, resultaría más fácil volverlos el uno contra el otro, asustarlos y hacer que se sintieran solos. Lo había puesto en práctica en más de una ocasión.

Qué diferente se siente uno al estar al otro lado del juego.

Sin embargo, todavía le asaltaba alguna que otra duda. Gareth parecía inocente e

Territorios por descubrir

indignado, no obstante, no habían podido escapar debido a su lentitud a la hora de reaccionar.

En seguida se percató de que les habrían atrapado de todas formas. Nunca dejaría a su hija atrás.

No había imaginado a Ruby capaz de esto.

Si no podía confiar en carne de su carne, ¿cómo podía confiar en Gareth? Esta vez les había dicho a los diseñadores que contrarrestaran la bravuconería que lo había llevado a su última traición. Les había dicho que le introdujeran más recuerdos de errores, que lo hicieran más auto-reflexivo, más capaz de aprender de sus propias experiencias.

Esperaba que esta versión de Gareth actuara a modo de guardián. Le encantaba su apariencia: sus ojos marrón oscuro y su perilla recortada a la perfección que le otorgaba un aire de agresividad. Era mono, pero con el tiempo llegaría a ser todavía más apuesto (si conseguía dar con una versión que no tuviera que borrar y reprogramar).

Tenía la esperanza de que esta vez fuera la definitiva, pero Gareth era propenso a auto-cuestionarse e inseguro, de forma que no se compenetraban en la cama como a ella le gustaría.

Llevaba un tiempo pensando en que le daría un par de días antes de enviarlo de nuevo a reprogramación. ¿Era eso a lo que se oponía Ruby? ¿A que hubiese creado a alguien para su disfrute personal y por puro capricho? Había gente con opiniones muy radicales al respecto, pero no se le había ocurrido que su hija las compartiera.

Cuando la llevaron ante Ruby, examinó con detenimiento el semblante de su hija para intentar averiguar qué había salido mal. Quizás un viejo enemigo había interceptado a Ruby y le había borrado la mente y reprogramado. Hoy en día la gente ya no sabía si su mente albergaba recuerdos auténticos, vestigios de cintas de entrenamiento, obnubilaciones o publicidad sin escrúpulos, de esa que afectó a todo planeta civilizado.

Ruby estaba rodeada de soldados. Miraba a Fénix como si se tratara de una extraña. ¿Mercenarios extra planetarios? ¿Dónde y cuándo los había contratado su hija? ¿Cuándo se había tramado este plan?

Le dolía el corazón. Tenía que haber hecho algo para provocar esta situación. Un error, un malentendido o falta de comunicación.

Buscó en los ojos de su hija, pero no pudo leer nada en ellos.

—¿Por qué me has hecho llegar a esto?

La acusación le sorprendió.

—No soy yo la que está rodeada de soldados a su disposición.

—Solo podía alcanzar el poder quitándote del medio.

Territorios por descubrir

—¿Y por qué no me lo pediste? Te habría cedido el puesto, cariño. Creé todo esto para ti.

—Te burlas de mí. Creaste todo esto para presumir, para mostrar de lo que eres capaz mientras yo me quedo en la sombra, esperando.

Era como jugar sin conocer las reglas. ¿Qué podía decir o hacer para que su hija recuperara el juicio?

—Pensé en matarte.

Las palabras que salieron de la boca de Ruby cayeron sobre su madre como cuchillos. Sonrió.

—No obstante, existe otro modo, menos cruel.

Hizo una mueca. Un robot quirúrgico se aproximó.

—Mukopadhyay y tú impusisteis las reglas, yo solo las sigo. Nadie que no sea físicamente completo puede gobernar.

Otra de las estúpidas normas de Mukopadhyay. ¿Se habría imaginado él que tal día llegaría? Podía verse reflejada en el robot a medida que este se acercaba.

—Cómo debe llevarse a cabo, ese es otro tema —caviló Ruby—. Hay tantas opciones...

Seguro que la tomaría con sus ojos, no se le ocurría nada peor. En algún momento se había mordido el labio y el cobre se había detenido en su lengua.

Sin embargo, le estiraron las manos cuando el robot llegó lo suficientemente cerca como para tocarla.

Gareth había gritado y golpeado la puerta. Se había tomado el sándwich y el agua que le habían ofrecido. Había hecho pis dos veces y miraba el urinario pensando en usarlo para su otro cometido.

¿Dónde se encontraba Fénix? ¿Qué había hecho Ruby con ella?

Volvió a tumbarse en el catre e intentó calmarse.

Intentó poner en orden sus pensamientos.

Intentó tramar un plan.

Una fina franja de luz apareció entre la puerta y el suelo. Gareth se acercó en silencio, esperaba cualquier pista de cómo pretendían proceder sus captores.

Las largas horas tirado sobre el frío suelo con la cara pegada a la gravilla y el dolor de sus músculos agarrotados se vieron por fin recompensados con el sonido de pisadas.

Vio sus botas, sus piernas. Se esforzó por distinguir algún rasgo más, pero no

Territorios por descubrir

pudo atisbar su rostro. No obstante, algo le llamó la atención: sus manos, había algo raro en ellas.

Entraron y pudo descubrir de quién se trataba.

Le habían cortado los pulgares. Tenía las manos llenas de vendajes que no lograban ocultar la evidente pérdida. Le ardieron los ojos de tan solo pensarlo.

Más pisadas, pero esta vez no trajeron más prisioneros. Se alejó gateando de la puerta antes de que se abriera.

Intentó resistir, combatir, hacer lo que fuera, pero no pudo evitar que lo llevaran a rastras ante Ruby. Le dedicó una sonrisa desde donde estaba sentada: el escritorio de Fénix.

—Gareth —dijo.

Nunca habían mantenido una relación muy estrecha. Unas cuantas palabras aquí y allá, pero por regla general ella se había limitado a ignorarlo y a seguir a su madre a donde quisiera que fuera. Ahora se levantó, rodeó el escritorio y se paró justo delante de donde le habían obligado a arrodillarse.

Sus manos frías alrededor de su cara le obligaron a levantar la barbilla. Le examinó el rostro como si se tratara de una vajilla nueva que estaba pensando en comprar.

—Ahí estás —dijo. La felicidad se descubría en su voz—. Estaba impaciente.

La desesperación y el pánico se apoderaron de él al escuchar su tono, como el ronroneo de un gato hambriento a punto de devorar un manjar.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —preguntó mientras subía su cabeza todavía más para mirar fijamente a sus ojos. Siempre pienso que has visto alguna foto o hablado con alguien que te revelará lo que andas investigando, pero todos tienen demasiada buena formación como para cometer ese tipo de fallos. Me sorprende cómo lo consigue.

Gareth permaneció en silencio. Cualquier reacción verbal solo conseguiría hacerla más feliz.

—Gareth, no eres el primero. Ni el segundo, ni siquiera el tercero. Ha habido muchísimos como tú, y no se ha conformado con ninguno. Deberías de estarme agradecido. Te aseguro que apenas te habría aguantado unos días más. Dicen que el lavado de mente es agonizante, pero como nadie se acuerda nunca, no se preocupan en arreglarlo.

Tenía la visión borrosa y luchaba por respirar. No era cierto, Ruby estaba intentando manipular su mente. Mentiras para atormentarlo y desmoronarlo de forma que se pusiera contra Fénix.

Sin embargo... había cosas que en su momento habían carecido de sentido y que lo tenían ahora.

Territorios por descubrir

Quería alejarse de ese lugar. Pensar. Necesitaba tiempo para pensar, nunca se le habían dado bien ese tipo de tareas. Siempre necesitaba darle vueltas a los problemas, meditar a solas.

Ruby lo observaba impaciente. De alguna manera, se las apañaba para echar por tierra todas y cada una de sus ocurrencias antes incluso de que pudiera reflexionar al respecto.

—Quizás no tengas que agradecerme nada —anunció rompiendo el silencio—. Después de todo, no sabes qué voy a hacer contigo.

Sonrió como un niño al que acaban de regalar un caramelo, una sonrisa que no correspondía con ese rostro tan arrogante, un signo de su crueldad.

—Como he dicho, estaba deseosa de que llegara este momento. Mi madre ha estado obsesionada contigo toda su vida.

Hizo una pausa y dejó ver su perfecta dentadura. ¿Cuántas veces habría ensayado ese momento?

—Toda su vida —repitió—, o al menos desde que mató al auténtico Gareth.

Fénix recordaba cómo le había mirado desde la esclusa de aire. Lo habían echado a suertes. Había insistido en ser ella la que aligerara la carga del transbordador para mantenerlos a salvo, pero la tripulación no le había dejado. Dijeron que solo ella podía sacarlos de allí.

Gareth estaba de acuerdo. La besó una vez, con aquel fatídico trozo de papel en su mano, y se miraron a través de la ventanilla. Su mano presionó tan fuerte contra la pared que le dolió. Su cara estaba llena de lágrimas; la de él, serena y valiente. No obstante, ella sabía que se mostraba así para que no sufriera, un último regalo.

Rompió a llorar. Cuando intentó tranquilizarse, un estallido de dolor procedente de su mano le hizo lanzar un ahogado grito. La desesperación le inundó en cuanto recordó dónde se encontraba y por qué, pero no se desmoronaría. Ella era la mujer que había destruido a la flota Neroli, que había corrido el circuito Amazonas en un tiempo récord que nadie superaría jamás, la mujer que se había enfrentado a emperadores y monstruos, a diplomáticos y todo tipo de peligros.

Rubí estaría consolidando su poder. Organizaría de nuevo el desfile del Día de Fundación para confirmar su gobierno. Los asesinos de antes en realidad no tenían la intención de matar a Fénix, sino de cancelar el desfile y conducirla hasta allí, el lugar propicio para su captura.

Cuando este espacio se construyó, se le pasó por la cabeza la idea de quedar atrapada en sus celdas, pero no quiso construir ninguna ruta de escape que otros pudieran utilizar.

En retrospectiva, habría tomado una decisión diferente.

Podía quedarse ahí tumbada y recapacitar durante todo el día, o podía caminar de un lado al otro y recapacitar. El sueño se había esfumado y no volvería hasta dentro de un buen rato.

Un disparo. ¿Dónde se había producido? Quizás a un par de pasillos de distancia. ¿Se trataría de un rescate?

La puerta se abrió y apareció Tam.

—Venga —dijo—. No tenemos mucho tiempo.

Fue un curioso deja vu, pero de nuevo, tenía que ir a buscar a alguien: a Gareth esta vez, y no a Ruby.

¿Merecía la pena? ¿O pasaría lo mismo otra vez?

Al menos lo intentaría.

—¿Por qué vuelves a por él? —preguntó Tam—. Siempre puedes volver a fabricarlo. Ruby ha estado con él, sabes que lo habrá convertido en un traidor. ¿Por qué insistes en seguirle el juego?

Ella negó con la cabeza.

—No dejaré que ella se lo quede.

Buscó en los ojos de Fénix. ¿Celos? ¿Avaricia? ¿Deseo de venganza?

No dijo nada mientras la seguía por el corredor.

Esta vez Gareth no se resistió ni hizo preguntas. Corrió junto a ellos hacia la plataforma donde esperaba la nave privada de Fénix, la única que tenía la clave para pilotarla. Si Fénix hubiera estado en el lugar de Ruby, habría mandado a alguien para vigilarla.

Por suerte su hija no era como ella, ni pensaba igual que ella, consideró Fénix cuando llegaron al hangar. De repente sonó un disparo y Tam se desplomó. Echó a correr sin siquiera mirar a su alrededor para comprobar que Gareth seguía a su lado, sino que contó con que le cubriera las espaldas como tantas otras veces había hecho.

—¡Abrir! —gritó.

Se apresuraron a recorrer la rampa hasta llegar a la embarcación. Fénix no paró de gritar órdenes hasta llegar al asiento del piloto, preparando la nave y sin preocuparse esta vez por los daños o la seguridad.

Trató de controlar los mandos, maldijo en voz alta y gritó a Gareth, que acababa de alcanzar su asiento. La nave se balanceaba lentamente mientras se preparaba para despegar. Un estallido de luz, ruido y vibraciones. Ya estaban fuera, volando a través de aguas turquesas. Después traspasaron el aire azul y por fin llegaron al silencioso y seguro espacio estelar.

Territorios por descubrir

—A dónde vamos? —inquirió Gareth más tarde. Habían conseguido adaptar los controles para que Fénix los manejara.

—Primero iremos a Kothke a reemplazar mis pulgares. Después al Thechu.

—¿El Thechu Negro? Pensaba que destruiste tu nave cuando dejaste la piratería. Fénix se esforzó por disimular la diversión que todo aquello le producía.

Ella no le permitió subir a bordo el primero a pesar de sus advertencias de que alguien podría haber encontrado la nave y puesto algunas trampas.

—Lo habrían robado, no puesto trampas en él. De todas formas, de haberlo hecho tendrían que haber entrado en la nave, lo que resulta imposible.

El silencio reinaba en el Thechu. El aire frío estaba impregnado de conservantes químicos y polvo. Su linterna descubrió en la oscuridad la silueta de bancos repletos de extraños objetos y el pequeño asiento reservado para el capitán.

Estaba segura de que Ruby habría dejado algún rastro de su intrusión.

—Techu —dijo.

La nave cobró vida en un abrir y cerrar de ojos, como si hubiera tomado una gran bocanada de aire. Sintió como el suelo retumbaba bajo sus pies, las luces parpadearon y se rompió la absoluta calma en cuanto el sistema de ventilación se puso en marcha.

—Capitana.

Buscó las palabras adecuadas, pues la nave llevaba esperando todo este tiempo sin la certeza de que ella regresara.

Al final, aunque quizás no se tratara de las palabras más apropiadas, lo único que dijo fue «gracias». Quizás otro traidor acabaría con ella de forma inevitable.

Le hizo un gesto a Gareth para que entrara.

La nave contaba con la tecnología necesaria para borrar la mente, podría haberlo hecho. A saber lo que Ruby le habría hecho creer. No la culpaba, ella habría actuado igual. Gareth era una bomba de relojería a su lado y no podía permitirse otra explosión.

Decidió posponerlo.

Y siguió posponiéndolo.

Por fin, él preguntó:

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Quedarme contigo —contestó ella mientras le dedicaba una sonrisa a pesar de la seriedad de su expresión.

—Quiero que me borres la mente.

—¿Por qué?

Dudó durante un segundo y después levantó el puño hacia su cabeza.

—No sé qué hizo ella conmigo, no sé si puedes confiar en mí.

—Siempre confiaré en ti.

—¿Confiaste en mis anteriores *yos*?

—Siempre.

—¿Entonces por qué te deshiciste de ellos?

—Porque no eran tú.

—¿Y yo sí?

—Todavía no lo sé. A lo mejor sí.

—¿Y qué pasa si averiguas que no es así?

—A lo mejor —tragó saliva— es hora de dejar morir a los fantasmas del pasado.

—Sacudió la cabeza—. Ahora tenemos otros asuntos de los que preocuparnos.

—¿Cómo por ejemplo?

—Es obvio.

Se encargó de dificultarle la vida a Ruby lo máximo posible.

No le llevó mucho tiempo. Había sido una excelente pirata. Poseía una habilidad especial no solo para interceptar valiosos botines, sino aquellos cuya pérdida resultaba además de vital importancia. Las vacunas, mientras la plaga se extendía, plaga que Fénix había desatado.

Hubo miles de muertes. Era consciente de que ocurriría algo así. Los ciudadanos enfurecidos la mantendrían ocupada. Cuando un planeta depende de sus arcas para abastecerse, resulta fácil cerrarles el grifo mientras ves cómo las arcas van disminuyendo.

Los pulgares no le volvieron a crecer. En su lugar, llevaba unas prótesis plateadas como su pelo. Por la noche, le dolían tanto los muñones que los llegaba a confundir con el metal.

El recuerdo de Ruby le causaba incluso más dolor, un dolor que no cesaba.

—¿Hasta dónde llegarías? —preguntó Gareth—. ¿Matarías a todo el planeta tan solo para privarle a Ruby de él? ¿Y qué pasa con Ada? ¿Cuál sería su legado?

Ada constituía la única razón por la que Fénix nunca lanzaría un ataque físico al planeta. Contaba con que Ruby la mantuviese a salvo de otros estragos, plagas o es-

caseces.

Ada fue la razón por la que por fin decidió reunirse con Ruby.

Se pasaron tres semanas negociando para acordar en qué lugar neutral tendría lugar el encuentro. Se tardó el triple en estipular las condiciones y las normas. Fénix disponía de una enorme paciencia. A Ruby le apremiaban los asuntos de estado. Fénix contaba con una nave y una tripulación gustosa de servirle.

Y tenía a Gareth.

Aguardó todos los días a que la traicionara, a atisbar el menor indicio de lo que fuera que Ruby había hecho con él.

Y todos los días se topaba con la misma mirada, aquella que otro Gareth le había dirigido una vez a través de un cristal: firme y sincera.

Había pensado muchas veces en cómo sería el encuentro. En su imaginación, las esperanzas y los miedos se enfrentaban. Ruby se acercó a ella vestida todavía de naranja, rojo y amarillo. La luz artificial hacía que los colores parecieran tenues y sin vida. Al final, Fénix dijo algo improvisado en esa fría y vacía habitación.

—¿Por qué?

—Nunca me dijiste quién era mi padre.

Fénix pestañeó.

—Me dijiste que no se trataba de Mukopadhyay, pero tuvo que haber sido él.

—¿Todo esto tan solo por saber quién fue tu padre? —Fénix siempre había intentado salir del paso con excusas y justificaciones, pero pensaba que Ruby ya habría dejado atrás el tema.

—Por supuesto que no —dijo Ruby—. Pero tiene mucho que ver. Me mantienes al margen como si fuera una cría. ¡Ni siquiera pude elegir yo misma a mis médicos durante el embarazo! Te crees que Ada te pertenece, pero la he parido yo, no tú. Solo quieres que yo sea una niña pequeña toda la vida.

—¡Una niña a la que encargo los negocios más importantes del planeta!

Decidió cambiar de táctica al darse cuenta de lo difícil que resultaría hacerla entrar en razón.

—¿Qué le hiciste a Gareth?

El rostro de Ruby adoptó una mueca burlona.

—Oh, espero que funcionara. Por supuesto, no le hice nada. Le has borrado la mente a un pobre inocente. ¿Sabes? No creo que el proceso les borre la mente por

Territorios por descubrir

completo, seguro que siguen quedando resquicios de los antiguos Gareth, de lo contrario ya habrías tenido éxito en tu propósito de perfeccionarlo.

—No lo hice —Fénix mostró una leve sonrisa que pilló desprevenida a Ruby.

—¿Qué supone él para ti? —quiso saber Ruby—. Has estado replicándolo durante todos estos años.

—Una de sus versiones fue tu padre —confesó Fénix.

Los ojos de Ruby se abrieron como platos, pero recuperó la compostura transcurrido apenas un instante.

—Es tu sentimiento de culpa por haberlo mandado a la esclusa de aire.

Fénix se encogió de hombros.

—¿Por qué todo tiene que tener una razón psicológica? —preguntó—. Yo lo amaba y lo quería de vuelta, pero cada vez que lo intentaba la misión resultaba fallida.

—Peor aún.

—¿Peor según qué? —inquirió Fénix.

—La decencia humana.

Fénix inclinó su cabeza para examinar la expresión de Ruby.

—Muy cierto. Tu querida decencia humana, la misma que tuviste tú al mutilar mi cuerpo.

—Debe haber normas por las que regirse en la vida.

—¡Ja! Nunca he creído en reglas, ni siquiera en las reglas de esta reunión.

—Mátame y no podrás escapar. Mis buques destruirán el Thechu cuando venga a por ti.

—Si mi plan fuera ese, en efecto, fracasaría. Sin embargo, un aerodeslizador resulta lo suficientemente pequeño como para escapar de entre tus redes.

—¿Qué piensas hacer, si te encuentras desarmada? Mutilada no puedes gobernar, según las normas que tú misma y Mukopadhyay impusisteis.

—Como bien has dicho, yo dicté las normas y yo puedo modificarlas.

El pulgar de Fenix emitió un chasquido y un zumbido. Desde su mano salió disparado un rayo de luz del mismo color que el pelo de Ruby.

Cuando volvieron al planeta, se dirigió de inmediato al dormitorio de Ada. Les había especificado que no despertaran a la niña. Su nieta permanecía ahí, durmiendo tranquila con su pelo marrón y su rostro anguloso.

Fénix se situó junto a la cama mientras observaba la figura durmiente. Conocía

Territorios por descubrir

bien la cara de la niña: había crecido con ella. Ruby no sabía que lo que había llevado en su vientre no era su hija, sino el clon de Fénix.

Un plan de emergencia.

No cabía la menor duda de que podría confiar en ella misma.

Mañana decidiría lo que haría con Gareth, pues se había convertido en alguien diferente a quien fue una vez. Quizás era hora de dar por finalizada esa búsqueda y aceptar lo que ya tenía.

Qué agradable estar de vuelta.

La maternidad la había cambiado, cierto.

Pero seguía siendo capaz de hacer aquello que hizo en su momento cuando tenía que hacerlo.

Decían que ahora ya no volvería a acometer ese tipo de actos.

Pero, sinceramente, ¿paró en algún momento?

© Cat Rambo

© de la traducción Irene Maseda Martín

CAT RAMBO vive, escribe y enseña junto a un lago encantado en el Pacífico Noroeste. Sus más de doscientas obras de ficción incluyen historias para la revista *Asimov*, el *Clarkesworld Magazine* y *Tor.com*. Su relato corto *Five Ways to Fall in Love on Planet Porcelain*, perteneciente a su antología *Near + Far* (Hydra House Books), estuvo nominada al *Premio Nebula 2012*. Como editora de *Fantasy Magazine* obtuvo una nominación en 2012 en los *World Fantasy Award*. En <http://www.kittywumpus.net> puede encontrarse más información sobre ella, así como enlaces a sus obras y a su popular curso de escritura online.